

# Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXI

San José, Costa Rica 1930 Sábado 2 de Agosto

Núm. 5

Año XI. No. 501

## SUMARIO

D. H. Lawrence (1886-1930).....	Enrique Munguía, jr.	Propósito.....	Alfonso Reyes
Aclaraciones.....	Concepción Guerrero Kramer	Proyecto de la Ley Capital ..	Franz Tamayo
Cantos de la Madre.....	Claudia Lars	A cien años de Sucre.....	Mariano Picón-Salas
Fechas memorables de la vida de Bolívar.....	Simón Latino	El Sr. Guzmán tiene la palabra.....	
El juglar y la domadora.....	Jaimé Torres Bodet	Bibliografía titular.....	
En la quietud del campo.....	Salomón de la Selva	Tablero.....	
María Eugenia Vaz Ferreira.....	Emilio Oribe		

## D. H. Lawrence (1886-1930)

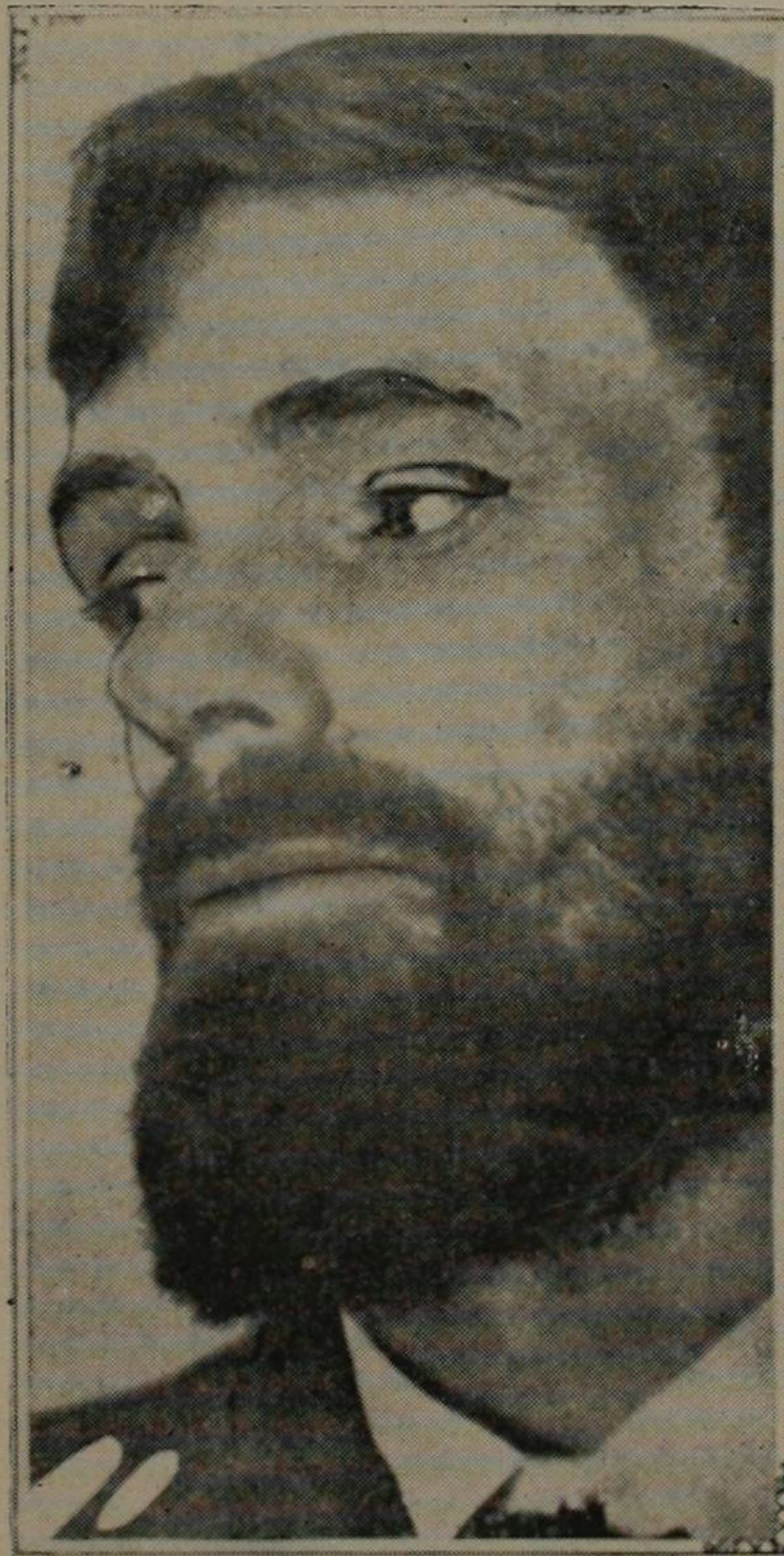
=De Contemporáneos, México, D. F.=

Escondiendo su rostro dentro de una mata exuberante de pelo y barba rojizas y paganas, sosteniendo sus espaldas angostas un cráneo bien torneado y enorme y penetrando esencias a través de un par de ojos de limpidez azules, D. (David) H. (Herbert) Lawrence, con las puertas de su morada abiertas de par en par ante

*«les grands pays muets qui s'étendent longuement.»*

vivirá, con la madurez de los—sus—cuarenta y cinco años, en el seno de la literatura inglesa. Por haber sido, en vida, espíritu contemporáneo, y, sobre todo, en un sentido estricto, contemporáneo de mediatas épocas venideras—en cuanto cabe ahora predecir la ulterior validez de su Weltanschauung—, es difícil que llegue Lawrence algún día a morir del todo o siquiera a envejecer o a invalidarse, visiblemente, como Conrad y Hardy, por ejemplo. Digno de la tradición de Swift, de Thackeray y de Butler, es con Joyce y Aldous Huxley, uno de los tres grandes novelistas ingleses.

A diferencia de Balzac o de Dostoiévsky, como novelista no modela Lawrence personajes de relieve, ni tampoco, según la escuela de Flaubert, medita sus tramas desde un cielo remoto e inhumano: *«au point de vue d'une blague supérieure, exactement comme le bon Dieu voit les choses d'en haut»*. Se parecen en el sentido en que es difícil distinguirlos, Will y Anton (*The Rainbow*), Birkin y Gerald (*Women in Love*), Ramón y Cipriano (*The Plumed Serpent*), el protagonista de *Kangaroo* y el campestre amante de *Lady Chatterley* (1).



D. H. Lawrence

Aunque más corpóreos, sus personajes femeninos, con frecuencia, se confunden vagamente los unos con los otros. Individualista primero, anarquista y nihilista después, Lawrence pretendió vivir en paz consigo mismo—por medio de sus personajes alternadamente femeninos y masculinos—, antes de abordar, o siquiera antes de interesarse por un problema resultante más objetivo y complejo: la vida en sociedad; de ahí que

el perfil de sus personajes, en oposición a la turbulencia de sus espíritus, no haya sido engañosamente claro, o, menos aún, clásico o neo-clásico; de ahí que en forma gradual aunque notable, el estilo en él, por secundario, sea desaseado, bronco, y a veces incoherente y que sus tramas, estando él desnudo con los brazos en cruz ante los enigmas de la realidad, hayan sido apenas excusa para dar cabida estructural a una prolongada serie de comentarios en torno de la digresión relevante: el hombre y la naturaleza, la mujer y el amor. Toda la obra en prosa (1) de Lawrence—treinta volúmenes—, es un panorama que, sin coincidir congruentemente con ningún ángulo de perspectiva de su mundo exterior—Inglaterra, Australia, Italia, México—, acondicionado por una presión barométrica y una ley de gravedad descubiertas por él, recibe espasmódicamente del sol espiritual que inventó, fuertes quemaduras de luz y treguas oscuras, misteriosas, de sombra.

En el sentido en que todo gran arte es la exteriorización coordinada, intensa y bella de la actividad metafísica de un hombre, Lawrence es un gran artista: aislado, sin antepasados, sin escuela. Poseído de un fervoroso amor, de una pasión inagotable y devoradora hacia todos los seres vivientes—las bestias, los pájaros, las plantas, el hombre, la mujer—, su panteísmo no es regalado como el de San Francisco de Asís—a quien, por cierto, se asemeja en la bondad—, ni doctamente fatalista como el de Spinoza, menos aún, candoroso y hasta irritante como el de Claudel o el de Francis Jammes. Sembrando en el curso de su romería literaria una abundante y prodigiosa vitalidad—nadie ha descrito como él, por ejemplo, lo sacramental de la más ínfima tarea doméstica—, valiéndose de tan ingeniosos como variados medios: de los instintos, de la intuición, del conocimiento, de la inteli-

(1) La edición original de esta novela: *Lady Chatterley's Lover*, fué impresa en Florencia, en 1929, a expensas del autor; lleva la portada siguiente: *Lady Chatterley's Lover* / by D. H. Lawrence / Florence / Privately Printed / Price One Guinea. / La segunda edición es fotografía de la anterior y su portada dice: *The Author's Unabridged Popular Edition / Lady Chatterley's Lover* / including / My Skirmish With Jolly Roger / Written Especially and Exclusively as an Introduction to this Popular Edition / by D. H. Lawrence / Privately Printed / 1929 / Price Sixty Francs. / (12.º rúst. pp. VIII, 366). En el prólogo narra el autor que existen cuatro ediciones piratas impresas en los Estados Unidos, dos en Alemania, y una en Francia, y que cada una de ellas se cotiza desde trescientos hasta quinientos francos, y desde quince hasta cincuenta dólares. Con motivo de la muerte de Lawrence, es claro, cobran valor singular los ejemplares de las ediciones auténticas.

(1) Un estudio de la obra poética de Lawrence por John Gould Fletcher apareció en *Contemporáneos*, noviembre, XVIII, p. 322.

gencia. quiso plenamente—él, porfiado Quijote espiritual de la época más materialista, fragmentaria y dispersa—, aprehender la fuerza central del universo.

Menos patético que Don Quijote pero más clarividente, que es decir en su cuita: más íntegro y heroico, percatóse Lawrence de la singular discordia del espíritu del hombre, de su orgánica totalidad, con las fuerzas bestiales y destructoras dentro y fuera de la civilización, y nunca—pésimo estratega de las retiradas y de los escapes—, llegó a atribuir a seres fabulosos o a encantadores su frustración cósmica y su impotencia personal. Implícitamente, esta constante y tensa agudez perceptiva de Lawrence es su tragedia y posiblemente explique su obra. Leerlo equivale a sumergirse dentro de un mundo fluído, tembloroso, crenchado en ocasiones por sacudimientos y espasmos,—su panorama—, en donde un cúmulo de Sombras flotan desorbitadas, atentas al flujo y reflujo de la más leve y sutil descarga psíquica.

El pesimismo de Lawrence,—del que en su primera época logró escaparse, a veces, en páginas descriptivas de romanticismo puro—, su desencanto y su titánica melancolía, aún su panegírico del dolor como forma de enaltecimiento—no seguramente dispar en elocuencia con el que compuso Dante—, aunque son posturas y clamores dignos de respeto, aparecen a la larga, en cierto modo, menos reales que ficticios: son los medios de que se vale Lawrence para obtener un fin: una fe inquebrantable en el milagro de la vida mística que desintegra y agota la personalidad. Cartesiano, por ejemplo, se pregunta si puede o no concederse valor objetivo y substancial al individuo:

«¿Que el individuo no es tan sólo una ilusión? El hombre, todo hombre en sí no es más que un fragmento. ¿Que el hombre no es más que voluntad oscura y penetrante como flecha? La mujer es el arco que dispara tenso. Un arco sin flecha no sirve para nada, y la flecha sin arco no sirve más que para distancias cortas. Como individuo, el hombre es falsedad y engaño, porque el individuo tan sólo existe en el mundo mecánico; una máquina en sí, es ser eficiente. El individuo como ser perfecto no existe en el mundo de la vida. Somos fragmentos, o, en todo caso, mitades.»

Mas en concreto, el tema escogido por Lawrence para complementarse desde este punto de vista, es, inevitablemente, el erótico. Aborreciendo el asceticismo obscurantista y medioeval que originó el problema ahora denominado sexual y sin preconizar especialmente ninguna época de la antigüedad, describe la accidentada trayectoria «de la flecha que dispara el arco» ahondando con vigor, con fuego, con descarnada franqueza, desconocidos por completo entre sus compatriotas, la psicología en acción del hombre y de la mujer. Menos orgulloso, menos nietzscheano, menos españolista que Stendhal, Lawrence, más que el prosista meramente cáustico y exacto del amor, es, en prosa, su poeta metafísico y atormentado. El aspecto periférico del amor, es decir la lascivia, a

secas, nunca le interesa, por el contrario, aunque llegue a veces a describirla por deberes técnicos de matiz y de contraste,—especialmente al hablar de Lady Chatterley—, le ofende y repugna. No hay en su obra trozos premeditados o morbosos de lujuria como en la de Dostoiewsky o en la de los escritores franceses que preceden a Brantome. Lawrence tan sólo pretendió trasladar al terreno humano, mejor dicho, al poético y espiritual, «el estruendo entre espuma de dos olas que se juntan».

Incrustados entre repliegues áridos de rocas, algunos pequeños puritanos de su país y de los Estados Unidos, acreedo-

Enrique Munguía, jr.

## Aclaraciones

### Alejandro Sux "por dentro y por fuera"

Sr. J. García Monge,  
Director de *Repertorio Americano*

San José, Costa Rica

Muy señor mío:

Llegó a mis manos, por gracia del Destino y fortuna mía, un número (1) de su interesante revista *Repertorio Americano*, en el que mi inteligente y estimado amigo Mario Santa Cruz, relata agradablemente una entrevista tenida con el escritor Alejandro Sux; ese Alejandro Sux de las intenciones anarquistas, de las aventuras fantásticas y de las crónicas deliciosas.

Por un irresistible sentimiento de justicia, he cedido a la tentación de dirigirle estas líneas, para afocar un nuevo reflector—y perdóneme Mario Santa Cruz—, sobre la aparentemente poliédrica personalidad de Sux, quien, si bien no luce ahora el amplio chambergo ni la chalina del artista, no ha dejado por eso de ser el "sentimental" autor de *El Asesino Sentimental*, ni el galano poeta de los cuadros parisinos, ni el aventurero del ideal que vacía los bolsillos del espíritu y del traje en una noche de entusiasmo y de bohemia.

También es exacto que Sux ha desarrollado entre nosotros, las más de las veces con éxito, una asombrosa actividad de negociante; pero aun dentro de ese nuevo aspecto, la imaginación del escritor y la impetuosidad del anarquista,—aunque parezca paradójico—, han jugado un papel principal. Anatema merecería él, si se hubiera dedicado a la mezquina compra y venta, indigna de su potencia ideativa; pero los negocios ideados por Sux son todos de una alta visión: terrenos petrolíferos, compañías navieras, empresas teatrales... soñados y realizados por ese espíritu de esteta y esa audacia de creador que le caracterizan.

Por otra parte, este aspecto de la personalidad del escritor no es nuevo, ni tienen que ver en él los años deslizados sin sentir en su vida activa, y que apenas si han logrado dejar una que otra hebra blanca de existencia insospechada entre su ondulada y negrísima cabellera; ya en épocas muy anteriores, le encontramos administrando su revista *Germen*, en Buenos Aires, la que logra hacer vivir durante siete años, después fundando con Leo Merelo y los tristemente famosos hermanos Guido la gran revista *Mundial*, y por último formando la So-

(1) Véase *Repertorio Americano*, número 20, del tomo XVIII.

res, como los *Yahoos* tenebrosos, al látigo de Swift, han intentado ya, con fuetazos, degradar la plástica de aquel espectáculo, y torpes, interpretando con almas enmarañadas en pecado la novela bíblica y llena de gracia de Lawrence, la han reprobado y perseguido tenazmente junto con la de Joyce. La traducción—esa posteridad anticipada de nuestros días—, la merece y posiblemente la obtenga D. H. Lawrence. Ahora, por lo menos, ya que tan espontánea predilección animaba a Lawrence para con los pobladores de México, nosotros, a manera de postrera y delicada corte-sía para con él, debemos leerlo.

ciudad de *Les Grands Journaux Ibero-Américains*, que todavía tiene sus oficinas en el número 11 de la Avenida de la Opera, en París.

El aburguesamiento de Sux es aparente, menos para aquellos que le han encontrado vagando en las horas silenciosas de la noche por la ciudad casi sola y bajo el oro lejano de las estrellas, con el fino fieltro calado hasta los ojos, esos ojos agudos, sonrientes y burlones que acechan el detalle interesante y el cuadro vivo, que han de convertirse, al día siguiente, en amena charla para los lectores de la prensa; o para los que le han visto deslizarse por los rincones frecuentados por gente de no muy buena catadura y fama, donde su natural curiosidad sorprende el plan apachesco y la historia truculenta.

Quien observe al Sux de los negocios y de las empresas grandiosas, desarrollando toda su fuerza de convicción y planeando sabiamente con su verba fácil y segura, el proyecto que repletara de oro las carteras capitalistas, no imagina que pueda encarnarse en él el otro Sux, el de espíritu eternamente juvenil y romántico, el de las insospechables empresas psíquicas, que tienen, sin embargo, gran relación con las primeras, realizadas a base de número y dólar. Bien es cierto que esa dualidad aparente hace más interesante la vida del escritor, quien, no obstante, previendo los maliciosos comentarios, usa su apellido paterno de Maudet cuando se trata de que aparezca el hombre de negocios. Esta dualidad no hace más que confirmar lo aseverado por Víctor Hugo, cuando dice que el poeta es un hombre como cualquiera, que sirve para todo aquello que sirven los otros, y que además... ¡hace versos!

Ante estas aclaraciones, que suplico a usted si lo cree de justicia, publicar, supongo que desaparecerá la inexacta opinión sembrada seguramente sin dobles intenciones—y respondo de ello—por mi amigo Mario Santa Cruz, a quien ruego nuevamente me disculpe, acerca de la falsa vida patriarcal y burguesa de Alejandro Sux, quien a pesar de todo, y mientras el Pájaro del Ensueño bata un vuelo prodigioso en su cerebro, seguirá, como el poeta del romance, metiendo en muchas ocasiones los pies incautos en las charcas, mientras contempla con la mirada lejana el parpadeo maravilloso de las constelaciones.

A sus órdenes y gracias.

Concepción Guerrero Kramer  
México, D. F., agosto de 1929.

## Cantos de la Madre

=Envío de la autora=

### Diga mi niño su antojo

Voy con mi niño a la playa,  
sobre la arena a jugar  
con las piedrecitas grises  
y con la espuma del mar,  
y en las aguas de arco-iris  
se va mi niño a bañar.

¿Quiere mi niño una concha?  
¿Quiere el rojo caracol,  
el de las patitas feas  
y los cuernitos al sol,  
o quiere, talvez, aquel  
pececillo tornasol?

Diga mi niño su antojo...  
No tiene más que escoger...  
¡Para alegrar a mi niño  
es inmenso mi poder!

Voy por el prado esmeralda,  
voy con mi niño en el prado:  
se abrió la dalia silvestre,  
se abrió el jacinto rosado,  
y entre los ramos de acacias  
vuela el insecto dorado.

¿La linda pluma más fina  
del más lindo pajarito,  
el velloncito más suave  
del más blanco corderito  
o la mariposa azul  
quiere mi niño bonito?

Diga mi niño su antojo...  
No tiene más que escoger...  
¡Para alegrar a mi niño  
es inmenso mi poder!

Voy con mi niño en la noche  
de la luna al resplandor:  
ya se durmió el jilguerito,  
cerró su broche la flor,  
y sólo canta en la sombra  
el grillito trovador.

Mi niño la luna blanca  
no se cansa de mirar...  
¡Viento, llévame en tus alas  
por el camino del mar!...  
Mi niño quiere la luna...  
¡La luna debo alcanzar!

### La ronda

Manecitas unidas  
con amor y confianza:  
la ronda de los niños  
va cantando Esperanza...

Es sobre la pradera  
como una inmensa rosa...  
Se engañó la abejita,  
también la mariposa.

«No vi una flor más blanca»  
gorjea el ruiseñor,

«es una flor que canta,  
es una viva flor»...

La espiga ya se dora,  
la fruta ya madura,  
y el panal escondido  
se carga de dulzura,

el cielo es tan azul  
y tan radiante el día,  
la ronda de los niños  
va cantando Alegría...

Piecesitos que danzan  
sin regla, así no más...  
Cabecitas que llevan  
suavemente el compás.

No hay un canto más lindo  
ni hay un baile mejor.  
La ronda de los niños  
va cantando el Amor...

Es sobre la pradera  
como una inmensa rosa...  
cada pétalo vivo  
una cara preciosa.

Ojitos como estrellas,  
dulces bocas sonrientes,  
ricitos de oro y sombra  
sobre las blancas frentes.

Va cantando Esperanza  
y Alegría y Amor  
la ronda de los niños,  
como una inmensa flor.

### Risa de mi niño

¡Risa de mi niño, fresca risa clara,  
campanita loca del cristal más fino,  
toda la alegría pura de la vida  
suelta en tu repique su canto divino!

Es como una música, es como un gorjeo,  
feliz y ligera por el aire va...  
y suenan sus notas, vibrantes, precisas,  
como en un arpegio: do mi sol, re fa.

Con la aurora empieza, con la noche acaba,  
y a veces del sueño brota su armonía  
y es, entre la sombra del hogar dormido,  
como un rayo de oro que anunciara el día.

¡Risa de mi niño, por tu gracia suma,  
la tierra es tan bella y a Dios miro en todo:  
mi amiga es la rosa, mi amiga es la estrella  
y hasta la oruguita que vive en el lodo!

Por eso al oír la me brillan los ojos  
como candelitas de la Nochebuena,  
y es tan milagrosa que tengo por ella  
de cantos preciosos la garganta llena,

y voy por el mundo envuelta en blancura...  
¡Risa de mi niño que ahuyentas el mal!  
¡Música y gorjeo, campanita loca,  
campanita loca de fino cristal!

Claudia Lars

Costa Rica. Julio del 30.

## Fechas memorables de la vida de Bolívar

Bogotá, 23 de junio de 1930.

Querido García Monge:

Le ruego anunciar en el *Repertorio* que dentro de dos semanas aparece mi libro *Vida de Bolívar para los niños* cuya edición está a cargo de la casa editorial Minerva por cuenta de la Sociedad Editora de la Vida de Bolívar.

Le envío una muestra del texto y grabados, para que usted reproduzca algo de ello en *La Edad de Oro*.

Además, le ruego insertar en el *Repertorio* la selección que he hecho de las *Fechas memorables de la vida de Bolívar*, que va como apéndice de la *Vida* y que, si no estoy errado, es la primera vez que se hace completa. Yo deseo que los escritores bolivaristas, especialmente el gran Blanco Fombona que ha dedicado su vida a glorificar la de Bolívar, me anoten los vacíos que haya en esta selección.

En mi *Vida* incluyo también, como apéndice, una selección de "frases célebres" del Libertador, que comprende muchas olvidadas por Cornelio Hispano en sus *Cantores de Bolívar*, que usted reprodujo hace poco.

Me impuse la tarea de escribir sencillamente una *Vida de Bolívar para los niños* de toda la América, porque he creído que la mejor manera de honrar al Libertador es hacerlo amar de las nuevas generaciones: ante esta empresa estimo inferior la de construirle malos o buenos monumentos.

Le enviaré dentro de poco unos ejemplares de la *Vida* a que me refiero.

Créame su siempre afectísimo,

SIMÓN LATINO

1783.—El 24 de julio nace en Caracas Simón Bolívar, el Libertador de la América.

El 30 de julio es bautizado con el nombre de Simón José Antonio de la Santísima Trinidad.

1786.—El 19 de enero muere su padre, don Juan Vicente Bolívar y Ponte.

1790.—El 11 de abril recibió Bolívar el sacramento de la confirmación.

1792.—El 6 de julio murió su madre, doña Concepción Palacios y Blanco.

1798.—El 4 de julio ingresó al ejército como subteniente de infantería, nombrado por el Rey de España Carlos IV.

1799.—El 17 de enero salió para España en viaje de estudios, pasando por México, Veracruz, Puebla, Jalapa y La Habana.

1801.—Visitó París por vez primera, apasionándose por Napoleón Bonaparte, que luchaba entonces contra el absolutismo.

1802.—A mediados de mayo contrajo matrimonio en Madrid con doña Teresa Toro y Alayza.

Regresa a Venezuela y se establece en la hacienda de San Mateo.

1803.—El 22 de enero muere su esposa y jura Bolívar no volver a casarse jamás.

A fines de este año vuelve a Europa.

1804.—El 18 de mayo asiste en París a la coronación de Napoleón detestándolo desde entonces.

En agosto de este año se ve con Humboldt en París y concibe las primeras ideas sobre la libertad de América.

1805.—En la primavera de ese año sale

para Italia con su maestro don Simón Rodríguez y jura en Roma, en el Monte Sacro, libertar a su patria.

1806.—En el curso de este año viaja por Inglaterra, Alemania y otros países de Europa.

1807.—Regresa a Venezuela y se establece de nuevo en la hacienda de San Mateo, dedicado a la agricultura.

1810.—El 19 de abril se declara la independencia de Venezuela, creándose una Junta de Gobierno representante de Fernando VII, excluido del trono de España por Napoleón.

El 10 de junio parte Bolívar para Londres a solicitar auxilios.

El 5 de diciembre regresa a Venezuela con Miranda.

1811.—El 3 de julio pronuncia ante la Sociedad Patriótica su primer discurso revolucionario, pidiendo la independencia absoluta de Venezuela.

El 4 redacta una exposición para la Junta de Gobierno.

El 5 la Junta proclama la independencia absoluta.

1812.—El 26 de marzo ocurre el terremoto de Caracas y Bolívar pronuncia su célebre frase: "Si la Naturaleza se opone, lucharemos con la Naturaleza, y la venceremos".

El 30 de junio es traicionado en Puerto Cabello por el oficial patriota Fernández Vinoni y a consecuencia de esa traición la plaza se pierde en sus manos: su primera campaña es su primera derrota.

El 6 de julio abandona la plaza, derrotado.

El 27 de agosto, ayudado por el español Iturbe, huye de Venezuela hacia Curazao.

El 14 de noviembre llega a Cartagena y lanza el notable manifiesto que comienza: "Yo soy, granadinos, un hijo de la infeliz Caracas"...

El 23 de diciembre comienza su primera campaña libertadora con la toma de Tenerife.

1813.—El 23 de enero entra triunfador en Ocaña.

El 28 de febrero, domingo de carnaval, entra en Cúcuta, siempre vencedor.

El 12 de marzo el gran Camilo Torres lo hace nombrar Brigadier y ciudadano de la Nueva Granada.

El 15 de junio, en Trujillo (Venezuela), dicta su justo decreto de "guerra a muerte".

El 31 de julio obtiene el gran triunfo de Taguanes que le abre las puertas de Caracas.

El 6 de agosto entra, bajo palmas, a Caracas.

El 30 de setiembre cae Girardot en la batalla del Bárbula. Bolívar le decreta grandes honores.

El 13 de octubre llega a Caracas por segunda vez conduciendo el corazón de Girardot.

El 14 de octubre la municipalidad de Caracas le da el título de Libertador.

1814.—El 2 de enero se le rinde un espléndido homenaje en Caracas y da cuenta de sus empresas.

El 25 de marzo se sacrifica Ricaurte en San Mateo.

El 28 de mayo obtiene Bolívar su primera victoria de Carabobo.

El 15 de junio sufre su mayor derrota, que le inflige Boves en La Puerta.

El 6 de julio sale de Caracas con las principales familias buscando la muerte antes que caer prisioneros del invasor.

Esta marcha se conoce con el nombre de la Emigración de 1814 o la Huida de Caracas.

El 25 de septiembre desembarca de nuevo en Cartagena.

El 13 de diciembre entra triunfador en Bogotá y parte en seguida para Cartagena en busca de auxilios. Camilo Torres le alienta diciéndole: "Habéis sido un militar desgraciado, pero sois un hombre grande".

1815.—Cartagena le niega auxilios y voluntariamente se destierra Bolívar en Jamaica, diciendo: "El que abandona todo por ser útil a su patria, nada pierde: antes gana cuanto le consagra".

El 6 de septiembre dirige su famosa *Carta de Jamaica* en que predice el destino de América.

Parte luego para Haití. Petion lo auxilia y prepara su vuelta a Venezuela.

1816.—El 20 de marzo parte de Haití con una pequeña expedición.

El 3 de mayo desembarca en la isla de Margarita.

El 28 de junio una junta de patriotas lo elige Jefe Supremo de la revolución.

El 6 de julio toca tierra venezolana y dicta una proclama por la que suspende la guerra a muerte y decreta la abolición de la esclavitud.

En septiembre de este año, acosado de nuevo por la adversidad, regresa a Haití.

En 29 y 5 de octubre respectivamente, en Bogotá, fusila Morillo a Caldas, el sabio, y a Torres, el amigo de Bolívar.

1817.—Ayudado nuevamente por Petion, Bolívar regresó a Venezuela, a donde llegó el 1º de enero de este año.

Se dirige al Orinoco y el 2 de mayo se le confirma la elección que le hizo la Junta de Margarita.

El 4 de junio es sorprendido por los españoles en Casacoima y, tras de una hora de angustia, postrado, miserable, profetiza que libertará la América.

El 16 de octubre muere fusilado el General Piar.

El 14 de noviembre el bárbaro español Juan Sámamo fusila en Bogotá a Policarpa Salvarrieta, de cuyo nombre se hizo el anagrama: "Yace por salvar la patria".

1818.—El 31 de enero se reúnen Bolívar y Páez en los Llanos.

El 14 de febrero derrota Bolívar a Morillo en Calabozo.

El 16 de abril corre el riesgo de perder la vida en una celada que le hacen los españoles en el Rincón de los Toros.

1819.—El 15 de febrero se reúne el Congreso de Angostura y allí pronuncia su mejor discurso político.

El 3 de abril vence Páez a Morillo en las Queseras del Medio.

El 25 de mayo sale Bolívar del Mantecal, en los Llanos, hacia la Nueva Granada, cruzando los Llanos y los Andes.

El 12 de junio se reúne con Santander en Tame.

El 22 de junio comenzó a subir los Andes, empresa ésta la más extraordinaria que guerrero alguno haya verificado.

El 25 de julio, después de cruzar los Andes, con un ejército de cadáveres, derrota a los españoles en el Pantano de Vargas.

El 7 de agosto los derrota de nuevo en Boyacá, libertando así la Nueva Granada.

El 10 de agosto entra en Bogotá "bajo lluvia de flores y el estruendo de músicas marciales".

El 20 de setiembre regresa a Venezuela con el proyecto de crear la Gran Colombia.

El 17 de diciembre quedó creada la Gran Colombia. Bolívar fue elegido Presidente, unánimemente.

1820.—El 25 de noviembre firmó un tratado con los españoles de suspensión de hostilidades por seis meses y el 26 otro de humanización de la guerra.

El 27 de noviembre, en Santa Ana (Venezuela), se abrazaron Bolívar y Morillo.

1821.—El 24 de junio vence Bolívar en Carabobo dando libertad a Venezuela con esta batalla.

El 6 de mayo se instaló en Cúcuta (capital de la Gran Colombia escogida por el Congreso de Angostura), el Congreso de la nueva nación, el cual ratifica la elección presidencial en Bolívar.

El 3 de octubre se posesiona Bolívar de la Presidencia y pronuncia un bello discurso en que dice: "Prefiero el título de ciudadano al de Libertador".

1822.—El 7 de abril derrota a los españoles en Bomboná libertando la provincia de Pasto.

El 24 de mayo obtuvo Sucre la victoria de Pichincha, que dio libertad al Ecuador. Se distingue en ella el teniente Abdón Calderón, ecuatoriano.

El 16 de junio entró Bolívar en Quito.

El 11 de julio llegó a Guayaquil.

El 26 de julio ocurre la célebre entrevista con San Martín, en que triunfan las ideas republicanas de Bolívar.

1823.—El 1º de setiembre llega a Lima, solicitado por el Perú para libertarlo, con permiso del Congreso de Colombia.

1824.—El 1º de enero cae gravemente enfermo en Pativilca y allí pronuncia su célebre frase: "¡Triunfar!".

El 10 de febrero es nombrado dictador del Perú.

El 6 de agosto alcanza la victoria de Junín, que inicia la libertad del Perú.

El 7 de diciembre propone la reunión del Congreso de Panamá.

El 9 de diciembre gana Sucre, con instrucciones de Bolívar, la batalla de Ayacucho, que concluye la libertad del Perú. Córdoba, colombiano, se distingue especialmente en esa batalla.

1825.—El 10 de febrero decreta el Congreso honores a los héroes de Ayacucho y ordena obsequiar a Bolívar un millón de pesos que él no acepta para sí, sino para su patria.

El 16 de mayo, en Arequipa, dicta un decreto que constituye el país del Alto-Perú, llamado luego Bolivia.

El 17 de junio, al pasar por Pucará, el cura Coquehuanca le dice: "Con los siglos crecerá vuestra gloria como crece la sombra cuando el sol declina".

El 25 de junio entra en el Cuzco.

El 26 de octubre sube al Potosí, en Bolivia.

1826.—El 6 de marzo, en carta a Páez, rechaza la corona de rey que Páez le propone, diciendo: "El título de Libertador, es superior a todos los que ha recibido el orgullo humano. Por tanto, me es imposible degradarlo".

El 4 de setiembre abandona el Perú.

El 12 llega a Guayaquil.

El 14 de noviembre a Bogotá.

El 25 de noviembre se dirige a Venezue-

la con el ánimo de calmar la rebelión de Páez.

El 31 de diciembre pisa tierra venezolana en Puerto Cabello.

1827.—El 1º de enero perdona a Páez y demás rebeldes.

El 10 de enero entra en Caracas, bajo palio.

El 10 de setiembre, de regreso a Bogotá, toma el mando ejecutivo.

1828.—El 9 de abril se reúne la Convención de Ocaña, que fracasa. Bolívar permanece en Bucaramanga.

El 13 de junio, conocido el fracaso de la Convención, el pueblo bogotano da a Bolívar amplios poderes para dirigir el gobierno.

El 24 de junio llega a Bogotá y asume la dictadura.

El 25 de setiembre sale ileso de una conspiración.

En noviembre da una muestra de su generosidad perdonando a Santander, a quien se acusa como responsable principal de la conspiración contra Bolívar. Santander le escribe agradecido.

El 28 de diciembre sale de Bogotá para el Sur, a luchar contra el Perú que le ha declarado la guerra a Colombia.

1829.—El 27 de febrero derrota Sucre a los peruanos en el Portete de Tarquí. Concluye la guerra con el Perú.

El 17 de marzo llegó Bolívar a Quito. Va a Guayaquil.

El 12 de setiembre se rebela Córdoba en Antioquía.

El 17 de octubre, derrotado Córdoba en El Santuario, es vilmente asesinado por un miserable extranjero. Bolívar, al saberlo, prueba esa torpe conducta.

1830.—El 15 de enero regresa Bolívar a Bogotá.

El 20, ante el Congreso instalado ese día, renuncia definitivamente la Presidencia, que no le aceptan en seguida.

El 1º de marzo, por sentirse enfermo, se separa del mando, encargando al general Domingo Caicedo.

El 8 de mayo sale de Bogotá con ánimo de expatriarse.

El 2 de junio el Congreso de Venezuela, al mismo tiempo que disuelve la Gran Colombia, declara a Bolívar hijo indigno de ese país y pide su expulsión.

El 4 de junio, en Berruecos, cerca de Pasto, oscuros asesinos matan a Sucre. Bolívar, al saberlo, exclama: "La bala cruel que te hirió el corazón, mató a Colombia y me quitó la vida. Como soldado, fuiste la Victoria; como magistrado, la Justicia; como ciudadano, el Patriotismo; como vencedor, la Clemencia; y como amigo, la Lealtad. Para tu gloria lo tienes todo ya. Lo que te falta sólo a Dios le corresponde darlo".

El 24 de junio, enfermo, despreciado de todos, llega a Cartagena que lo recibe amorosamente. Intenta salir para Europa, pero lo retiene la miseria en que se halla y la tisis.

El 1º de diciembre llega a Santa Marta, en busca de salud. Un español, don Joaquín de Mier, le acoge en su quinta de San Pedro Alejandrino.

El 10 de diciembre hace testamento, recibe los auxilios espirituales y escribe su última y más bella proclama en que dice: "He sido víctima de mis perseguidores que me han conducido a las puertas del sepulcro. Yo los perdono".

El 17 de diciembre, a la una de la tarde, muere.

El 22 de noviembre de 1842 Venezuela reclama y recoge sus restos, menos su corazón que queda en Colombia.

## El juglar y la domadora

=Envío del autor.=

*Car c'est une traitresse maîtresse que la coutume... — Montaigne.*

Para iniciar una antología de la costumbre, no escogería ni el capítulo de los *Ensayos* de Montaigne, del que he obtenido un epígrafe, ni la melancólica poesía de Sully Prudhomme (*A l'habitude*) que hace todavía 25 años se citaba con respeto en algunos liceos.

Elegiría, acaso, este breve apólogo que por aludirles con tan dolorosa intensidad, aderezo ahora, nuevamente, para el gusto de los hombres de letras:

### Apólogo del Juglar y de la domadora

Cansado de aparecer, dentro de los relatos de Anatole France, ceñido por la nitidez de un estilo ateniense falso, y aburrido al fin de la música de alcoba del señor Massenet, El Juglar de Nuestra Señora sintió, una mañana, la nostalgia de su Edad Media.

Le molestaba, sobre todo, la noticia de que su celebridad se hubiese convertido en una ficha de erudición para los anaqueles de las universidades, y le dolía el recuerdo de aquella celda suya, tan blanca, en la calle de los Fabliaux, de donde los profesores de literatura habían ido a extraerlo, a mediados del siglo xix.

Para disfrutar de nuevo aquellas costumbres, para reconquistarlas, decidió—él, tan tímido—abandonar el convento en que las palabras de la Virgen María congelaban aún, en el espejo del aire de invierno, auténticas rosas de vaho. Apenas cerró la puerta del jardín—que el

hermano tornero había dejado sin llave, conociendo sus propósitos vagabundos—le inquietó, en la opacidad de la atmósfera, un rumor de voces desconocidas. A un transeúnte, que vivía de vender las crónicas de la tierra, le interrogó acerca del motivo de su estremecimiento. Al hablar, sus frases se alargaban en las eses y en las efes, con la elegancia de una escritura gótica, sobre una página de vitral, El Juglar de Nuestra Señora no comprendía el dialecto del siglo xx.

Pero no se entristeció. Las órdenes de su convento le habían habituado a reducir su originalidad a los límites expresivos de sus simples habilidades manuales. Lanzar al aire naranjas sólidas de oro, prender cada una de ellas un momento al tallo de un arbusto invisible y recuperarlas, con limpieza, sobre la palma de la mano ¿no era éste un oficio que, por sí sólo, merecía una dignidad?

Por eso, sin avergonzarse, sacó de la bolsa que llevaba consigo, las cinco naranjas que le había donado una noche antes el hermano prior. Desgraciadamente no se pasa de la puerta de un convento de la Edad Media a la calle—a una calle de hoy—sin salvar siete siglos de distancia y El Juglar de Nuestra Señora, en lugar de las bellas naranjas que esperaba encontrar, halló apenas, un puñado de semillitas enjutas.

Sin perder la alegría, siguió buscando en la

bolsa, y extrajo entonces siete puñales de hierro, que la vejez de aquella sola mañana había cubierto de orín. Frente a él, se había ya reunido un pequeño grupo de personajes curiosos cuyos semblantes, enrojecidos por el frío, le recordaban las tardes de éxito vividas, mucho tiempo antes, en las aldeas de su vieja Bretaña.

Sin embargo, antes de principiar, aseó cuidadosamente sus armas y cuando las halló suficientemente brillantes—capaces de distinguir, en su reflejo de acero, el semblante de un enemigo de la sonrisa de un traidor—el Juglar anunció, con un ademán elocuente de las dos manos asidas, en el aire, que la suerte iba a comenzar en seguida.

Los puñales, arrojados con fuerza por una sola emisión de los dedos, volaron hasta insertarse en las fundas de una panoplia de niebla, que ninguno de los espectadores veía. De allí, uno por uno, salieron nuevamente de sus vainas y, unidos por el extremo de las empuñaduras, formaron—de regreso en la mano del Juglar—una rosa de siete pétalos de acero.

El acto se había realizado con una perfección tan transparente que a todos debió parecer un poco misteriosa. Y los aplausos sonaron, pero débilmente, ensordecidos por la desconfianza y seguidos, sin intervalo, por la desaparición de todos los personajes del público. En el siglo XIII, los espectadores pagaban mejor.

Uno había permanecido, no obstante, y, apoyado en el marco de una puerta cerrada, veía con interés al Juglar. ¿Sería un anticuario?... Prudente, el titiritero escondía en la bolsa sus puñales antiguos y se dispuso a partir. Sin embargo, en los ojos que lo veían brillaba una claridad afectuosa. ¿Por qué motivos aquella mirada le recordaba la del hermano prior?

El desconocido—que dejó de serlo—le dijo, en el latín cosmopolita de los empresarios, pertenecer a la dirección de un circo de lujo, en donde faltaba, precisamente, un malabarista. El Juglar no supo bien el valor de la moneda en que lo pactaba... pero aceptó desde luego el contrato. Y le agradó, sobre todo, que el empresario le ofreciese para firmarlo, en vez de la estilográfica con que escribió él mismo su nombre, una decorativa y auténtica pluma de ave.

En el circo, el Juglar de Nuestra Señora se sintió inmediatamente feliz, tranquilo de sí mismo, seguro. Lo rodeaba un grupo apacible de equilibristas y de domadores. Las fieras, reconociendo en él muchos contornos de la Edad Media, le consagraron en seguida un afecto útil y pintoresco de gárgolas. La jirafa asomaba el cuello por encima de las gradas, para decirle la hora que era en el cuadrante del reloj de la catedral, y el gigante, temido especialmente por el alado pueblo de los monos, le enseñó a apagar el fuego de una antorcha, en el viento, con el golpe preciso de uno de sus puñales.

Por su parte, el Juglar ayudaba a los asnos a vestirse de cebras, y le ponía una peluca de león al perro de lanas de la domadora, y le ataba una joroba postiza, ortopédica, al dromedario—sultán de cuello elástica de narguile—cansado de representar su papel de Scheick lejos de las palmeras obsequiosas del desierto.

Lanzar siete puñales al aire, insertarlos en una panoplia invisible y recogerlos de pronto en una rosa de metal, es una suerte agradable y que puede parecer misteriosa. Pero el misterio que se repite, fatiga y la fatiga que se

busca, en los circos, no es la del público, sino la de los actores.

Para no verse precisado a despedirlo, el empresario—rico en anécdotas—imaginó el argumento de un número sensacional: adherida a un biombo de madera, la domadora, en traje de mallas, dejaría que el Juglar fuese dibujando su silueta con los cuchillos que le lanzase, uno por uno, desde un punto situado a 12 metros de distancia.

Los ensayos prometían ser bastante difíciles. Además, el Juglar se resistía a iniciarlos.

Fué preciso entonces que el empresario despertase a Guillermo Tell del sueño de la vieja partitura de ópera en que dormía, para que este personaje convenciese al Juglar de que existen juegos de puñal y de flecha que los buenos malabaristas y los arqueros exactos pueden imponerse sin escrúpulos.

A los cuatro meses de ensayos diarios—primero con puñales de pluma, después con puñales de goma, más tarde con puñales de madera y, por último, con puñales de metal—el Juglar había dominado la suerte. Pero la domadora había dominado al Juglar. Un cuerpo que se pone en peligro ¿no es, casi, un cuerpo que se posee?

Durante cuatro, cinco, diez, doce meses, dos años, el Juglar de Nuestra Señora dibujó las líneas del cuerpo de su amante, sobre el biombo de madera del circo. Ni un rasguño, ni una herida recibió ella, durante ese lapso, en el hermoso Rubens que le servía divinamente de cuerpo.

De noche, en los idilios de las casas de huéspedes en que se alojaban, los besos del Juglar querían ser tan exactos como sus puñales del circo. Pero el arte de este monje, dos veces arrepentido, no estaba en la boca. Sólo sus manos sabían honrar a las damas que amaba. Y, con la misma devoción con que, en 1254, lanzaba esferas de cristal ante la Virgen de su monasterio, vestía, en 1929, el cuerpo de la domadora, con una túnica de puntas de acero, imperceptiblemente tejidas.

La moral exigiría, en este relato, que la domadora, salvada todos los días por el Juglar, amase al Juglar. Pero la costumbre, esa verdad de las fábulas, exige precisamente lo contrario.

Las caricias del Juglar tenían en efecto para aquella impaciente amazona, un tono arcaico que el recuerdo lívido del monasterio no lograba hacer pecaminoso. Además, los dedos del Juglar—y sus puñales—no conocían sino las siluetas de las mujeres. Y no se ocupaban sino en respetarlas. Ella quería, en cambio, que alguien—¿Pirandello?—le descubriese una profundidad y la vistiese de su propio personaje.

Fatalmente, como en las novelas que el Juglar no había tenido tiempo de leer, la domadora acabó por engañarle. Y fatalmente, escogió para este servicio al tenor de la vieja partitura que los había unido en el mecanismo de un mismo acto de acrobacia: a Guillermo Tell, a quien el empresario, en agradecimiento por su intervención favorable, se había resignado contratar.

Todas las tardes, antes del circo, Guillermo Tell y la domadora se dirigían juntos a un parque solitario, situado a cuatro kilómetros de la ciudad. Allí Guillermo Tell perforaba, con la flecha de sus carcajes suizos—verdaderos *Longines* del arco—los objetos que su capricho decorativo colocaba sobre la cabeza de la domadora: una manzana, un durazno, una

rosa, un ejemplar del *Adonis* de La Fontaine, en la edición elzeviriana de la librería Lemerre... Y ella celebraba esta puntualidad de la exactitud que, en los puñales del Juglar, le parecía tan laboriosa y tan insignificante.

Una noche, como se hubiesen retrasado en el jardín, discutiendo—a propósito de estas diferencias—las que existen en economía política entre la idea de esfuerzo y la de trabajo, Guillermo Tell insistió en repetir el juego, pero con una estrella.

Su amante se oponía al proyecto, temerosa de llegar demasiado tarde a la representación... ¡Pero Guillermo Tell empleaba un repertorio tan convincente de súplicas! Su carcaj y su vientre le daban, por otra parte, un aspecto mitológico de Eros de Terracota, envejecido, pero bastante solemne.

Para sacrificarla, escogieron una estrella pequeña, de parpadeos todavía ignorantes, de niña que no se ha pintado nunca los ojos. Sobre las trenzas de la domadora, demasiado rubias, aquel asteroide brillaba con esplendores escolares, como una luciérnaga aprendiz. Cuando lo atravesó la punta de la flecha de Guillermo Tell, una frescura indecible se derramó por todos los músculos de la amazona vestida. Y, al llevarse las manos a los cabellos para sentirlos mojados de aquella luminosa humedad, se avergonzó de hallarlos tan limpios, tan secos y tan hermosos como antes.

No obstante, esa frescura extraordinaria la seguía inundando de tal manera que, de pronto, sintió—por primera vez en su vida—la necesidad de llorar. De sus lágrimas, se asegura que Guillermo Tell tejió aquella noche un collar de diamantes azules, inocentes y trémulos como estrellitas.

Poco a poco, a lo largo de estas entrevistas, la sospecha penetró en el corazón del Juglar. Y, como en tales casos la realidad de la evidencia no tarda mucho en seguir a la sospecha de los temores, una conversación interrumpida por teléfono, una mirada de complicidad interceptada, un beso adivinado en la máscara del maquillaje, todo le convenció del engaño.

Divorciarse es un consejo que los matrimonios pueden seguir agradablemente. ¿Pero cómo puede divorciarse de aquellas personas con quienes no hemos estado nunca casados?

El Juglar repasaba, en sí mismo, los tormentos que los señores imponían a las castellanitas infieles en los poemas que, cuando era joven, los trovadores cantaban a la puerta de los castillos, mientras lanzaba él en el aire rodajas de plata, lunas, escudos de cobre, soles, y puñales, puñales de todas clases, góticos, burgundios y sarracenos, de oro, de ónix, de hierro, con empuñaduras cuajadas de leyendas moriscas, o mangos de madera de roble, en forma de cruz...

Puesto que el circo los había reunido, el circo debía separarlos. En la cabeza escolástica del Juglar, este sofisma se construyó sobre bases absolutamente lógicas. ¡Matarla, a la luz de las candilejas, cuando su crimen no fuese ya un asesinato, sino, apenas, una equivocación!

Decidido a dar este fin a su drama, el Juglar reconoció la urgencia de repasar el filo descuidado de sus instrumentos. Toda la tarde los pulió deliciosamente, en secreto, sin resolverse a elegir. Tan leales siempre en el arte, todos le parecían igualmente dignos de una distinción. Los contó: eran veintisiete... Los años que tenía la domadora. Esta coincidencia,

de mal gusto romántico, le desagradó. Y, dejando el compromiso de la elección al capricho de la última hora, los encerró a todos en el estuche de trabajo y se fué al circo con paso indolente, arrepentido, como el que los obreros emplean para dirigirse al taller.

Aquella noche de diciembre era, sin duda, el tipo inefable de lo que los empresarios entienden por una noche de gala. Las mujeres traían, entre las pieles de los abrigos, unos descotes valiosos, blancos, pronunciados y niveos—verdaderos paisajes de invierno—que avivaban la nostalgia de Suiza en la imaginación de Guillermo Tell.

En la pista veinticuatro bailarinas de Toulouse-Lautrec sostenían una guirnalda de flores artificiales, en que los matices de la música, resbalando unos sobre otros, construían una delicada orografía de acuarela. En cuanto desaparecieron, los aplausos de la concurrencia saludaron a Oscar «el elefante que sabe contar», el éxito de la temporada.

Como Guillermo Tell—y como el propio Juglar de Nuestra Señora—Oscar era uno de los atractivos esenciales del Circo de Invierno. Sus compañeros—que lo sabían—le consagraban no obstante un amor fraternal. Por eso, mientras Oscar saludaba al auditorio con una inclinación de la trompa, el Juglar y Guillermo Tell se cruzaron una mirada sin acritud. Más fuerte que el odio, en esos momentos, era en cada cual la costumbre de admirarse en el otro. Y de demostrarse su admiración.

Cuando llegó el turno del Juglar de Nuestra Señora, los tambores hicieron correr cuatro veces, en el paisaje burocrático de la orquesta, el mismo escalofrío de milicia municipal.

Junto a la mallas negras del traje, que ceñía más el esqueleto que el cuerpo delgado del malabarista, la carne color de rosa de la do-

madora florecía en sonrisas, en espumas, en encajes de rizos... Y luego, al inmovilizarse, se deshojaba, pero también en espumas, en sonrisas de encajes, en encajes de rizos.

Su sensualidad—informe como una amiba—no tenía ni principio ni fin. No la limitaba la desnudez, ni la subrayaba el atractivo galante de las mallas color de rosa. Aquella magnífica abundancia dorada que destacaba sus formas de sirena de mitología flamenca, necesitaba realmente, bajo la luz de las lámparas de arco, que el Juglar la vistiese con una castidad de puñales.

El principio de la operación produjo en el público el entusiasmo de siempre. Los espectadores, adheridos a los asientos, temían—y deseaban—una vibración de la mano perfecta, un desvío, un error, un estremecimiento homicida del puñal... Se oía latir, en un sólo pulso, el corazón de dos mil trescientos cincuenta y ocho relojes de pulsera.

Uno por uno, los puñales del Juglar de Nuestra Señora iban tocando, con un ruido sordo de la madera mordida, los puntos del biombo que todos los días estaban habituados a herir. El primero, debajo del brazo derecho, en la sombra de la axila recién afeitada. El segundo, un poco más abajo, en el litoral de los senos. El tercero, en el golfo de la cintura. El cuarto, como una rienda, en el principio de la cadera. Las luces del circo brillaban sobre las hojas de los puñales y el Juglar las veía partir, multiplicadas por la prisa, ansioso de la ceguera que lo aturdiere, excusándolo ante sí mismo del crimen de que no necesitaría después excusarse ante nadie.

Doce, trece puñales habían dibujado en el biombo la mitad del cuerpo geográfico de la

Jaime Torres Bodet

Madrid, 1930.

domadora. Los espectadores al verla, puntuada así en las latitudes de la carne, se sentían contentos del viaje, como los pasajeros de un trasatlántico a quienes el capitán muestra todos los días, a las doce, el mapa en que ha marcado las alturas recorridas.

Una embriaguez metódica envolvía al Juglar. Pero, a pesar del deseo, sus manos—acostumbradas a la pericia—no acertaban a equivocarse. En vano mudaba posturas y arrojaba de espaldas los cuchillos más peligrosos. Como atraídos por un imán invisible, todos caían exactamente en ese punto—del litoral de la mujer entregada—que podían tocar sin herir.

Veinticuatro, veinticinco puñales habían terminado casi de figurar, en acero, el contorno de aquella silueta demasiado blanda. Y sólo quedaban dos; de los cuales, el primero fué a insertarse en la orilla del pecho, en el ángulo preciso en que los espectadores lo esperaban. Vencido por la costumbre, artista derrotado por la perfección implacable de su estilo, el Juglar cerró los ojos, desesperadamente, para lanzar el puñal número veintisiete hacia el corazón de la domadora.

Dentro de él, todo había muerto: la fe, la paciencia, el recuerdo de su primera representación en el circo, la sonrisa bondadosa del prior, el milagro y la beatitud de la Virgen María...

Un estallido metálico—¿de aplausos?—lo despertó. Inútilmente buscó un hilo de sangre, un coral, en la blancura de mármol de lo que ya consideraba el cadáver de su compañera color de rosa. Debajo del brazo izquierdo, en la penumbra voluptuosa de la axila recientemente afeitada, el mango del puñal número veintisiete vibraba todavía, con un estremecimiento diabólico, más poderoso que la voluntad de su dueño, más responsable que el crimen, perfecto, cotidiano y estéril... como la costumbre que lo disparó.

## En la quietud del campo

=De La Prensa. Managua, Nicaragua=

*En la quietud del campo, sonoramente muda,  
nos entra un ansia viva de perder, en el vasto  
himeneo del sol con la tierra desnuda,  
la aflicción del espíritu que lucha por ser casto.*

*Engendrar sin deseo y dar a luz sin grito,  
en ritmo tan igual que a todo ritmo ceda,  
fundiéndose el anhelo de todo lo finito  
con la última substancia que de la vida queda.*

*Con la última substancia, que es también la primera  
como el fin del otoño por fuerza es el invierno  
y como el del invierno por fuerza es primavera  
en las cuaternas rimas del verso del Eterno.*

*Aquí la flor más frágil da la lección más fuerte,  
y son superfluos Thales, Sócrates y Epicuro;  
nos muerde sin ponzoña el diente de la muerte  
y el morir que el vivir es igualmente puro.*

*Los hombres que da el campo no necesitan vanas  
palabras, ni conceptos sutiles, ni suntuosas  
vaciedades retóricas: Vacías, las campanas  
mueven badajos locos: De nada de estas cosas*

*sabe, feliz, el hombre del campo. Igual que estaca  
se siembra, y pega, y bueno; y si no pega, bueno.  
Su misticismo cabe en un ojo de vaca,  
y tiene bravas patas, terrosas, de Sileno.*

*Sin afilarse nunca la punta del sentido  
entra más que los otros humanos en la vida;*

*para él no se da fruto ni amargo ni prohibido,  
y porque él no se cuida de nada, Dios lo cuida.*

*¡Vivir así quisiera, con envejecimiento  
de palo engarrobado que ha de acabar en leña,  
con una que otra orquídea por todo sufrimiento,  
y uno que otro retoño de lo que el alma sueña!*

*¡Vivir casi sin alma individual! Tornarme  
requemado y calloso y callado y astuto,  
y morir sin que nadie se ocupe de llorarme  
como, de casi nada, se muere cualquier bruto.*

*Sin lógica, sin ética ni epistemología,  
sin arte y sin política, sin rezo y sin historia,  
sin los terrores locos de la escatología,  
sin voluntad, sin lucha, sin nombre y sin victoria.*

*Fuera el viento mi réquiem, el viento que aquí mueve  
polen que nadie estima! ¿Sabéis qué son olores  
de flor? Amor que eleva sus ansias y las llueve,  
Dios en el viento, Dios en comunión de flores.*

*¡Llegará Dios a mi, bajará a mi del cielo,  
como a la tierra humilde, que yo también soy tierra!  
¿En dónde fue que oí que Dios está en el suelo?  
¿Cuál era la verdad que esa palabra encierra?...*

*¡Ah vano dialogar del torpe orgullo humano  
con el vacío! En cambio, una vaca ha mugido.  
Y he aquí que viene, presuroso, un vaqueano  
a decir, ¡oh milagro!, que una vaca ha parido,  
o que ha muerto un ternero que ayer estaba sano...*

Salomón de la Selva

Fineca La Guadalupe, León, abril 25 de 1929.

## María Eugenia Vaz Ferreira

1924 - 19 de mayo - 1930

= De Cartel. Montevideo =

Homenaje de delicadísima significación constituye el deshojar y esparcir, hoy, tantas flores al pie de este monumento.

Nuevas generaciones de discípulas de aquella Universidad que ella honró con su genio y su enseñanza, figuras ligeras y felices, con la armoniosa plasticidad de las jóvenes de los frisos griegos, pero ensombrecidas por la presencia de una imprecisa inquietud, que la muerte imprime en sus ojos, desfilan, depositando flores y se entrecruzan aquí, mientras entregan sus tributos ante un símbolo que se eleva en la llama de una figura incorpórea y dolorosa.

Puede decirse que todos estos adolescentes espíritus emocionados, no llegaron a conocer a María Eugenia Vaz Ferreira; generaciones sucesivas, vienen, como en los ritos consagrados, con sus ofrendas de entusiasmo o veneración; lámparas novísimas se cuelgan al pie del ara: la figura de la deidad pertenece a todos ya.

De los que vivieron al mismo tiempo que ella, puede decirse que muy contados son los que se acercaron a su alma profunda.

Su recogimiento y la altivez de su grandeza, por un lado, por otro la no comprensión de las externas actitudes o ambas cosas a la vez, la aislaron y la alejaron de muchos cuerpos, hasta encerrarla en su orgullo final, desdeñoso y heroico.

No estamos aquí reunidos para comentar las causas que le trajeron dolor sobre la tierra; ni tampoco para valorar el mérito de su poesía. Los que la conocieron en los últimos años, con cierta intimidad, sabemos que su dolor fue implacable, pero al mismo tiempo adivinábamos la solidez de aquella gloria que ella desdeñaba y que hoy, día a día, se afirma para siempre.

En otra oportunidad, y en ceremonia semejante a la de ahora, inauguramos este monumento de bronce y piedra aquí, en el Prado, el paseo favorito de ella.

Yo dije mi emoción, entonces, en unos versos; varias ex-alumnas de María Eugenia, y estudiantes que concurrían a mis clases de Literatura, me solicitaron una poesía, para recitar en la inauguración del monumento, erigido por la colaboración encendida de innumerables admiradoras.

Los versos, resultaron éstos:

Oigo la sacra música que, en encendido instante,  
escuché de sus labios. La trágica alma hebrea  
que inundaba de luces su copa de diamante,  
¿dónde está? ¿Es posible que "Más Allá", la vea?

¡La escucho! Cuántas veces, esclava de una idea  
fija, vino, temblando, a mí, tan vacilante  
como ella! Ya no olvido la convulsa marea  
metafísica, ahogándole los ojos y el semblante!

La veo, sí, entre árboles, vagar, meditabunda...  
Verbo de esferas cósmicas, baja su voz profunda,  
penétrame en las sienas y me inclina hasta el llanto.

Dime en qué estrella cuaja tu luminoso ruego.  
Que aprenden los arcángeles la coral de tu canto.  
Dime al fin, que rompiste las cadenas de fuego!



María Eugenia Vaz Ferreira

Oigo la sacra música que, en encendido instante, escuché de sus labios.

Es así; la voz de María Eugenia atesoraba una resonancia de profetisa en el instante de la revelación ritual. Una sonoridad de oboes, como si hablara al borde de una pequeña gruta, y el eco repercutiera sutilmente, amoldándose sobre las palabras, como halo resonante de ellas, en un apoyo finísimo de sonoridades.

Yo pude oír su voz muchísimas veces. Voz denunciadora de dolores infinitos, alternando con infantiles lamentos y con afirmaciones formidables.

Expresaba un riguroso concepto sobre el arte, con la sinceridad y la intransigencia de los profetas. De súbito, cesaba aquel ritmo solemne, para reír, con una carcajada espléndida, o para alternar con una expresión llana y hasta plebeya, como si estuviera arrepentida de haber subido tanto.

Recordemos por un momento: *la inflexión de las voces queridas que se han muerto*,—de que habla Verlaine. ¿Quiénes, entre sus amigos, no recuerdan, en este momento, la voz de María Eugenia?

Hay voces que poseen más virtud de permanencia y de retorno, que otras; voces hay, muy queridas, de personas que se han ido, llevándose gran parte de nuestra vida, pero que levantan inexplicables dificultades para ser evocadas. Vienen sólo en determinados instantes, y no solas, y no puras, sino casi desconocidas... Y cuando creemos po-

seer su clave, se nos extravían de nuevo!

La voz de María Eugenia, no. Goza de una permanencia que no se borra; cuando vengo a este Prado, me parece percibirla; cuando paso por la calle Yí, miro la casa en que ví por última vez a la poetisa y me parece que su voz me interroga y sin querer, vuelvo la cabeza hacia la pobre habitación en que vivía.

... ¿La trágica alma hebrea

que inundaba de luces su copa de diamante,  
¿dónde está?

Mucho se ha dicho del alma de María Eugenia. Cuando se estudiaron, al principio, sus poemas, se halló en ellos una tendencia germánico-helenizante. Yo me permitiré la libertad de no compartir esa opinión casi unánime. María Eugenia tuvo, últimamente, el culto por lo germano; muy enérgico, era ese culto. Aprendió el idioma alemán, principalmente para acercarse más a los grandes poetas, como Heine, a quien adoraba, y cuyos *lieds* la oí yo recitar con su extraordinaria y acariciante entonación:

"En alas de mis cantos te llevaré; te llevaré hasta las riberas del Ganges,..."

Recitaba el original en alemán y después traducía, con unas modulaciones originales.

Además, quiso, poseyendo el idioma, acercarse más aún a Wagner y Beethoven, cuyas almas deseaba comprender cada vez más. Por otra parte, a modo de reacción, cada vez que en diversos diarios y espectáculos, la puerilidad ciudadana, durante la guerra, intentaba rebajar a Alemania, ella erguía, armandose para la defensa, como una wálkiria desterrada y aislada de las demás. En cierta noche, comentándome el triunfo de un poeta inferior, y su influencia y su fama, decíame, como decisivo argumento:—Bah.—Después de la derrota de Alemania, todo es posible. Hasta que triunfe, ése.

Por otro lado, el sentido cuidadoso de la forma, el amor a la palabra como elemento poético, por su ritmo y su color, el culto sincero de la claridad expresiva, pudieron contribuir a que las personas y los críticos la vincularan con lo helénico.

No obstante estas apariencias, yo creo que, en su esencia, María Eugenia, era el vaso de una alma ardiente y trágica de hebrea. Su perfección formal, es la de los Salmos, y la línea de su poema viene limitando la blancura de la Torre de David. Sus versos se acercan a la perfección, pero en ellos trasciende y embriaga la cálida perfección de los nardos de Oriente... Mismo, su semblante moreno, en la feliz adolescencia, evocaba a la Sulamita y a las doncellas de Engadí, con ojos ardientes y sombríos, también...

(Pasa a la pág. 74)

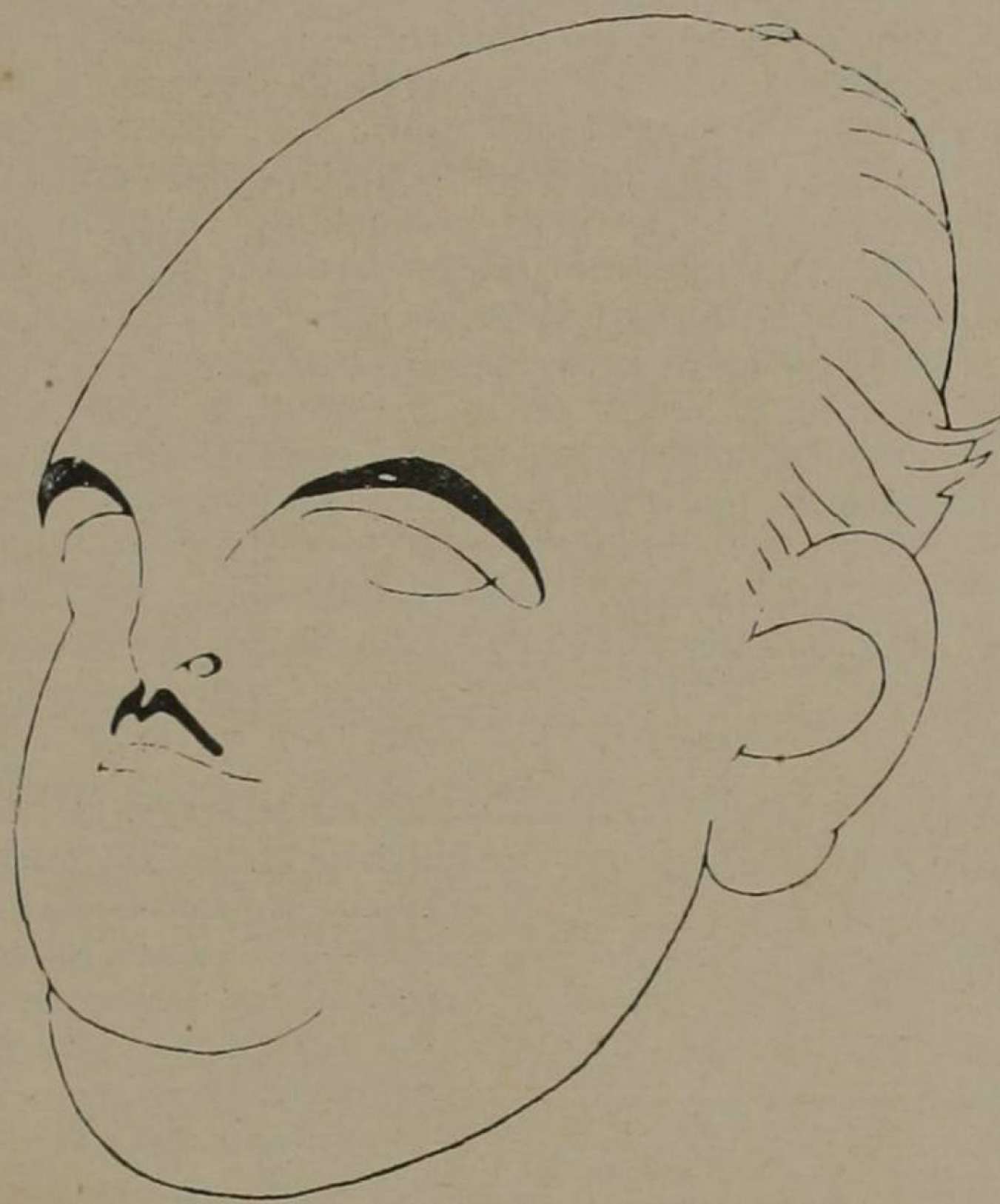


## Propósito

=Del número 1 de *Monterrey*. Correo Literario de ALFONSO REYES. Río de Janeiro, Junio de 1930.=

La nebulosa primitiva se fué condensando en planetas y en sistemas solares. Pero, en el orden de la publicación literaria, parece que los planetas—los libros—fueran la primera fase del fenómeno. Luego, sin dejar de ser lo fundamental, los libros van irradiando su nebulosa, su atmósfera atómica, cada vez más cargada y fina. Primero surgen las revistas, para llenar los intersticios entre los libros; después, para llenar los intersticios entre las revistas, aparecen los periódicos literarios, hoy tan en boga, que suelen ser quincenales o semanales, y que tienen por abuelo común, aunque olvidado, a aquel gentilísimo huésped de los domingos de Florencia, *Il Marzocco*, viejo ya de treinta y cinco años.

Hoy, este género de pliegos se ha popularizado como un verdadero síntoma del siglo. No todos saben que uno de los primeros en esta senda ha sido Joaquín García Monge, benemérito de las letras americanas, quien, desde San José de Costa Rica, hace mucho tiempo que sirve de centro de reunión a los jóvenes escritores de nuestra lengua, primero con sus colecciones *Ariel* y *Convivio*, y más tarde con su *Repertorio Americano*, donde viene recogiendo cuanto artículo o noticia interesan a los destinos espirituales del Nuevo Mundo.—En el orden exclusivamente literario, *Les Nouvelles Littéraires*, de París han servido de fecundo ejemplo. Periódicos de este tipo han prendido en las más diversas tierras, planta propicia a todos los climas, tal vez por ser mucho más ágiles y libres que los antiguos Suplementos u hojas especiales de los diarios: las abundantes y autorizadas reseñas bibliográficas del veterano *Times*, de Londres; los «Lunes de *El Imparcial*», de Madrid, que hace unos cuantos años lanzaban firmas y establecían reputaciones; los «Domingos de *La Nación*», de Buenos Aires, hoy convertidos en un magazine de interés más general. En España, sin hablar de la *Gaceta Literaria*, que todos conocen, podría citarse cerca de una docena: sólo en una provincia, en Murcia, recordamos la hoja que Juan Guerrero aderezada para *La Verdad*, hace unos siete años, y que estaba ya como deseando arrancarse del diario, y luego la casi-revista *Verso y Prosa*, de poética y cristalina nitidez. En cuanto al *Papel de Aleluyas*, de Huelva, me figuro que no aparece más, porque nunca más lo he recibido.—En Buenos Aires, el *Martín Fierro*, de aguerrida memoria, y ahora la *Vida Literaria* que Samuel Glusberg publica con cierta irregularidad, pero que por fortuna parece ya bien cimentada, pertenecen a este mismo tipo. Ultimamente han aparecido dos valientes hojas juveniles: *Número y Letras*, pero éstas son más bien pequeñas revistas que tienden naturalmente a ser grandes revistas.—En Guadalajara la de México, con *Bandera de Provincias*—excelente publicación—la flauta provinciana da por primera vez una nota de igual afinación y altura que el órgano de la Capital.



Alfonso Reyes

Visto por García Cabral

La revista literaria y el periódico literario son ya dos estratos inconfundibles, dos niveles intencionalmente distintos. Sin torcer mucho las perspectivas, puede decirse—conjugando escalas entre París, Madrid y México—que la *Nouvelle Revue Française* es a *Les Nouvelles Littéraires*, como la *Revista de Occidente* es a la *Gaceta Literaria*, como *Contemporáneos* es a *Bandera de Provincias*.

Los periódicos de campanario o de pequeña ciudad, y aun lo que Hilaire Belloc llama la *Free Press* (diarios más de doctrina que de información, sin respaldos de empresa anónima ni pactos con agencias internacionales de noticias, y redactados por un grupo homogéneo, con ideales definidos) siempre han recurrido a la literatura, por afición unas veces, y otras, para llenar los huecos. Pero ya también los grandes diarios de empresa comercial y nutridos por los servicios telegráficos reservan regularmente un rinconcillo a la rúbrica literaria, al deleite poético. Esta rúbrica cuando cae en manos de jóvenes, suele tener una gran eficacia combativa. Entre las más finas y poéticas, recuerdo aquella *Rosa de los Vientos* que redactaban Sánchez Reulet y Moreno, dos muchachos platenses.

El PEN CLUB de México, en sus días de apogeo, bajo Genaro Estrada, todavía sutilizó un poco más, con aquellas *Pajaritas de papel*, diminutos pliegos que daban cuenta de un libro, de un hecho, de una reunión, de la llegada de un huésped ilustre.—Acaso esta atomización del producto literario sustituye a lo que en otros tiempos era el salón, o a lo que era también el trato epistolar; a lo que más tarde ha sido el café. La tertulia, la conversación literaria, van pasando de la viva voz a

la palabra estampada, como el trato social y las visitas se van esquematizando en la tarjeta. Ese tono medio de voz que correspondía a la carta literaria, pocos se atreven a derramarlo en sus libros, y no siempre los que lo hacen son bien entendidos.—A este propósito, encuentro en Jean Prévost estas justas observaciones:

«En otro tiempo, todos los buenos escritores se comunicaban entre sí directamente y de viva voz en el círculo entero de la gente cultivada, o bien escribían todos los días cartas inacabables. En nuestros días, el mundo culto se ha extendido mucho, ya no hay necesidad de enviar por carta más noticias que las puramente privadas, y así diariamente se consume mucho papel en cosas percederas. Creo que, en nuestros días, hay que imprimir las cartas y las conversaciones.—Pero en ellas no daríamos lo mejor de nosotros mismos.—¿Qué sabe Ud.? Petrarca creía que iba a sobrevivir por los versos latinos de la *Africa*, y sobrevive por sus sonetos galantes. Voltaire, que por sus tragedias y su *Henriade*, cuando realmente sobrevive por lo que él llamaba sus bribonadas del *Candide*». (*Conseils aux jeunes littérateurs*, par Charles Baudelaire, suivis d'un *Traité du Débutant*, par Jean Prévost).

El periódico literario no sólo se distingue de la revista literaria por su aspecto material, que en aquel tiende al pliego in-extenso de los diarios y en ésta tiende a la forma del folleto. El periódico literario no sólo es más breve que la revista literaria. Por pequeñas que sean, las revistas de Juan Ramón Jiménez—*Si*, *Ley* y nuestro *Índice* de grata recordación—revistas eran. También la *Carmen*, de Gerardo Diego, o el *Día Estético*, de Santo Domingo, o hasta las hojas que aparecieron en Buenos Aires y luego en Montevideo bajo el título de *Revista Oral*.<sup>(1)</sup>—No: la revista literaria y el periódico literario se distinguen, además, por la diferencia de intención: la revista procura ser una breve antología de obras literarias en verso y en prosa, en tanto que el periódico ofrece su principal interés (aunque todavía deje el sitio de honor a la parte antológica) en las noticias sobre escritores o libros, en el rumor de abejero artístico, en el aroma de vida literaria que trae entre sus páginas. Es un tono menos poético y un tono más práctico que la revista. Va dejando de ser la diminuta biblioteca de páginas escogidas, y es, cada vez más, estuche de instrumentos y gaceta de avisos para el trabajador literario. Si acepta aún fragmentos de libros o verdaderos artículos,

(1) Me complazco en recordar aquí una pequeña revista de Jaén, consagrada a cosas de Jaén, a la historia y la literatura locales, a los intereses espirituales del terruño de Jaén, cuyo mayor atractivo para mí está en el nombre, que recuerda la gustosa *Cena*, de Baltasar de Alcázar. La revista se llama: *Don Lope de Sosa*, y su sección de noticias: «En Jaén, donde resido».

En Jaén, donde resido,  
vive Don Lope de Sosa,  
y diréte, Inés, la cosa  
más brava dél que has oído...

tienen que ser cortos, por la escasez del espacio de que dispone; si aborda la crítica, procura las conclusiones rápidas y las fórmulas epigramáticas. Todavía admite folletones y series de artículos. Todavía se resiente de la forma y el espíritu de la revista—que al cabo, ha sido su matriz, y no deja aún de ser su modelo. Pero ya, entre la revista y el periódico, hay la diferencia que media entre el dibujo sombreado y con relieves de claroscuro, y el dibujo de simple línea o contorno. Mucho más sentimental, la revista; mucho más intelectual—en tendencia, al menos,—el periódico. Más pintura en aquella; pero en éste, más geometría. Allá, todo un cuadro. Acá, un esquema.

Según esto, son más propias del periódico que de la revista, aunque hasta hoy se hayan publicado en revistas, las recopilaciones de apuntes, de notas y flecos de la obra,—sea anteriores, sea posteriores a la obra: esas orillas de los libros que suele darnos Andre Gide: el *Diario de los Monederos Falsos*, montón de materia prima de donde surgió organizado, el sistema o novela propiamente dicha de *Los Monederos Falsos*. Y debieran ser exclusiva y característicamente propias del periódico las investigaciones previas a la obra, que hasta hoy no parecen tener más vehículo que la información personal y directa, la consulta epistolar o verbal. Esas cartas que el mismo André Gide vierte en la *Nouvelle Revue Française*, y en que discute con sus críticos la interpretación del *Coridón* o el *Inmoralista*, por ejemplo, serán un día atraídas al periódico literario. Nótese, en cambio, que los anticipos o muestrarios de la *Obra en Marcha*—según Juan Ramón Jiménez o James Joyce—son, de pleno derecho, aunque sean de un solo autor, revistas literarias.

Supongamos ahora, no ya una revista literaria de un solo autor, sino un periódico literario de un solo autor. Nunca se dará autor tan solo que no quiera andar en la compañía de sus amigos o entre los camaradas de su pléyade. Como quiera, se encuentra más a sus anchas que en el seno de una redacción colectiva. Es fácil que derive entonces—por la línea de la pesantez—hacia la mayor utilización práctica de su instrumento. Quiero decir, que se atreverá a bajar el tono poético, un poco más que si se encontrara en un periódico hecho entre varios. Lo cual no significa que se prive de la libertad de publicar fragmentos de la obra pura, propia o ajena, cada vez que le plazca. Y siempre habrá de placerle, a menos que se produjera el absurdo de un literato sin bellas letras, de un poeta sin poesía. Usará pues, de su periódico, ante todo, como de una herramienta para su taller artístico. También podrá ser que lo use a modo de museo privado, para exhibir en él esas notas o curiosidades que todos gustamos de juntar, aun cuando dudemos que nos sirvan de nada. Hará de él un órgano de relación, de relación social, con el mundo de los escritores: un boletín de noticias del trabajo, casi una carta circular. En suma: un correo literario.

Sin necesidad de manifiestos de estética ni de programas—mala costumbre, ésta,

en mala hora importada de la política a la literatura—; consintiéndose toda la flexible variedad de la vida, y esperando que la experiencia vaya acabándolo de formar o imprimiéndole su conducta definitiva (tanto es como solicitar la naturaleza, o conducirla sin violentarla); poco amigo de «encuestas» sobre esas vaguedades de la inquietud contemporánea o el porvenir de nuestros pueblos, de que ya se ha abusado tanto; pero modestamente dispuesto a ser un terreno de investigaciones literarias precisas; prestándose al diálogo entre los amigos que quieran aclarar consultas o cambiar erudiciones por este medio; siempre hospitalario, pero siempre casa privada y no edificio público, siempre habitación de una sola persona que no ha de explicar

sus preferencias; de aparición periódica en lo posible, y frecuente según convenga al redactor único, puesto que es un papel de obsequio, una carta impresa; útil como tarjeta para agradecer los muchos libros que nos enviamos unos a otros y de que apenas podemos ya acusarnos recibo, a riesgo de abandonar toda otra tarea,—el correo literario (éste *Correo Literario* que pongo bajo la advocación de mi ciudad natal por motivos puramente cordiales)—sale hoy a desandar la trayectoria de todos mis viajes, en busca del tiempo y del espacio perdidos, para limpiar las veredas de la amistad y atarme otra vez al recuerdo de mis ausentes: a toda rienda, a todo anhelo, todo él galope tendido, ijar latiente, y redoble de pezuñas y espuelas.

### Alfonso Reyes

#### Sumario del primer número de *Monterrey*:

Boletín gongorino. Propósito. Guardias de la pluma. Publicaciones recibidas. Noticia mexicana. Tres poemas con un intermedio, por Enrique Munguía jr. Luto. Epistolario. Jitanjáforas, Investigaciones: Proust en América. Datos sobre el Teatro en la América latina.

Dos ilustraciones: una de Rego Monteiro: *Tennis*, y otra de Alfonso Reyes: *El Cerro*.

Contiene 8 páginas.

### María Eugenia Vaz Ferreira...

(Viene de la página 72)

Una vez se retrató, o se hizo una adaptación fotográfica, imitando al conocido cuadro de Regnault. Reproducía ella, la figura de Salomé, sentada, con el aire triunfal e irónico de la bailarina que al ritmo de la danza, besó los labios del Bautista. Ignoro dónde se conservará esa prodigiosa reencarnación de la célebre pintura.

Pero, en el otro extremo de este aspecto oriental, su fe religiosa, su hermetismo, y su intangibilidad corpórea y espiritual, si a alguien hacen pensar, es, precisamente a las heroínas bíblicas, como Judith y Esther, y otras fuertes mujeres, que gustaban oír la voz de la tórtola en el valle, o recogían la espiga de oro, pero que se aterrorizaban ante los sacrificios, interpretando en la guerra o en el relámpago la presencia y la palabra del castigo eterno.

La soberbia firmeza con que resguardó y escudó su personalidad, y defendió su credo artístico y su fe religiosa, el arisco desdén con que supo encumbrarse en su soledad, son elementos de un significado análogo a los temas de los salmos de la Biblia. Por otra parte, el pavor místico, la humildad con que recurría al ceremonial religioso, la adoración hacia los rituales pomposos, el culto de las hecatombes simbólicas de la fe y la belleza, confirman este modo de interpretar su personalidad íntima.

¿Y aquel desasirse de todo lo terreno? Aquel desprecio suyo por lo que no fuera Dios o la belleza, aquel abandono y renuncio de la comedia cotidiana, y sus glorias, ¿no representan, acaso, el más auténtico sentido interpretativo del alma hebrea?

Su mismo concepto de tránsito, aplicado a lo de la tierra; de provisoria

concesión o prueba fugaz, para aspirar después a una eternidad revelada tan sólo a unos pocos; ese concepto rígidamente creído y practicado sin dobleces, para ella constituyó una decisiva pragmática, que cumplió como sólo podrían hacerlo los poseídos divinos de las viejas religiones.

...¿Es posible que "Más Allá", la vea?

Sí. De acuerdo con lo que hemos sostenido, y con el cristianismo que fluye de su personalidad, atraídos por su voz que sigue resonando en nosotros, no dudamos de que alguna vez, volveremos a encontrarnos con su desolada sombra.

¡La escucho! ¡Cuántas veces, esclava de una idea fija, vino, temblando, a mí, tan vacilante como ella!

Esto es cierto. Hablan muchos de las rarezas y de las actitudes inexplicables de María Eugenia. La gruesa psicología de los filisteos que la vieron, no pudo soportar aquellos desequilibrios y los condenó, y se burló de ellos. Muy pocos tuvieron el poco feliz privilegio de poseer los resortes secretos de aquel dolor.

Algo, pude conocer yo. Muchas veces, de noche, venía a confesarme sus sufrimientos, magnificando los conflictos diarios, que exacerbaban su tragedia íntima: la dispersión y el caos de su voluntad.

Las anécdotas abundan, ¿para qué aumentarlas? ¿Citar aquella imperiosa necesidad que la obligaba a tocar la tierra, por tres veces, todas las noches, a las doce de la noche, hallase donde

se hallase? ¿O aquel terror que la dominaba de no poder salir, de quedarse enclaustrada en alguna habitación, o casa, o teatro? ¿O aquella sutilísima, pero insoportable preocupación, cuando se hallaba en el teatro, de que no iba a poder ver el fin de la obra o del concierto, porque, fatalmente, de un momento a otro se iban a apagar las luces? Esas y otras muchas ideas permanentes, en el fondo, nada agregan a la valoración de su obra; proporcionan detalles sobre su figura, ya lejana y astral; ella consideraba a esas cosas como cenizas; la obra era todo; su verso sería inmortal, eso le bastaba... El tormento de los geniales, el tributo oscuro que exige, como si fuera un déspota, el inconsciente, para entregar más tarde la maravilla y la concreción diáfana de la creación artística; todo ese torturador ejercicio, se expandía en ella en tumultuosas quejas y terribles confesiones.

Comentáronse a su alrededor: ocurrencias extraordinarias, actitudes públicas de un intransigente dogmatismo. Yo poseo la confesión íntima que serviría para explicar algunas de esas determinaciones que tanto se comentaban. ¿Para qué revelar la clave de ellas?

—Ya no olvido la convulsa marea metafísica, ahogándole los ojos y el semblante

Toda confesión terminaba, generalmente, en llanto. La marea metafísica colmaba su mar, después de haber ido creciendo y de haber sacudido su cuerpo, haciéndola permanecer toda la noche en contemplación y acecho. Por eso, es que ella, en su invocación famosa a la Noche, la llamó:

*«Noche de las delicias mudas y negativas,  
de que gozan los muertos vivos como fantasmas.»*

La miro, sí, entre árboles, vagar, meditabunda...

Entre estos árboles del Prado. Ella solía vagar, sola, con paso grave por estas avenidas.

Otras veces, en tranvía, a altas horas de la noche, exploraba, haciendo interminables recorridos. Su actitud llamaba la atención. Era la suya, una marcha ausente, lenta, como vigilando un tropel de ideas fijas o fobias, que había que encauzar; pastora desvelada de turbios rebaños de obsesiones.

Verbo de esferas cósmicas, baja su voz profunda

Sí. Su voz, después que ella ha muerto, viene otra vez a los oídos. ¿De dónde? De ella, no puede ser, porque ya no está entre nosotros.

De la memoria surge, dirán; o de los caminos de las armonías, mejor, debe bajar.

Se ha sublimizado su voz. Nuestra memoria reproduce las imágenes auditivas y las oímos, como emanando del interior de nosotros; pero igualmente pueden los etéreos mundos, en confianzas inefables, transmitirnos la dura sonora sonoridad de su voz.

Tan poco fácil es, al fin y al cabo, explicar de qué manera quedó aprisionada su voz en los difíciles telares de las neuronas, como explicar la proce-

dencia cósmica que le atribuye la poesía.

Pero, eso sí, si esa voz viene a nosotros, tiene que traernos la noticia de la liberación de María Eugenia.

Dime en qué estrella cuaja tu luminoso ruego

Esa voz debe explicarnos y revelarnos cómo y en qué estrella se ha volcado, celebrando el milagro hipostático del enlace de lo fluyente del espíritu con lo eterno del vaso formal y astral. Aquel lirismo inmenso no ha podido extravariarse. La luz que en los ojos y en los poemas de la mujer había, ha circulado por las fuentes y escalas pánicas, hasta cuajar en alguna forma remota. Si no es en estrella real, que ya sea en estrella de nuestro espejo interior; sabido es que nuestra alma se ahonda en cielos, en montañas y océanos, revelados ya por San Agustín.

Que aprenden los arcángeles la coral de tu canto

Insistamos. El alma de María Eugenia estaba poseída por el misticismo. Procedía con la fe y la certeza intuitiva de los iluminados en el trance místico, siempre que delante de ella se planteasen los problemas y los asuntos de Dios y de la belleza. En todo lo demás, vacilaba y caía.

Su actitud frente a la poesía y a la música, llegaba hasta consubstanciarse con el arrobamiento religioso. Contemplarla en un concierto, o en un espectáculo teatral, frente a las Walkirias de Wagner, por ejemplo, era gozar del milagro de desentrañar, en la actitud temblorosa de la pitia, el secreto del mensaje delfico. Las olas de músicas de los mundos, la subyugaban; nadie como ella, supo desentrañar ese tesoro de las noches que cantó; sus ojos se ahondaron, hasta convertirse en remansos para esas olas. Allí venían a morir. O a nacer, transfiguradas en su espíritu.

Todos sabéis que para algunos observadores antiguos, cada sonido de las masas astrales, al girar, correspondía a un tono musical de la escala. Este pitagórico paralelismo de armonías, fue confirmado más aún, por el simbolismo de más de un diálogo platónico. Los cuerpos celestes ya no eran solamente montones de materias inflamadas o extintas. Participaban también de las llamadas potencias anímicas, y se expresaban con lenguaje de músicas, para matizar de ese modo, el largo coloquio de los inmortales. Pero, existen más identificaciones. Las esferas de que habla Platón en el *Timeo*, con sus antecedentes en los sonoros números que se desprendieron de la sien de Pitágoras, se agrupan en los tiempos, para constituir el milagro anunciador de las falanges de ángeles cristianos, y de la música que con ellos descende, producida por sus voces o por el roce de sus alas flamígeras como espadas de luz.

En los antiguos salmos del pueblo hebraico, entonados por David, las voces de los fieles en oración se confundían con las alabanzas armonizadas de los mundos, y a ellos se agregaron además, las contribuciones del coro y de los cantares angélicos.

La música ya se ha hecho religión.

Dante, muchos siglos más adelante, tiene conocimiento de esa armonía, que él transforma en concierto medieval; los pintores primitivos, amigos e inspirados por Dante, representan las músicas religiosas en corales alegóricas, y, después, descifranla los grandes místicos. Es el mismo enajenamiento armonioso que transforma a los órganos de las catedrales en colmenares acústicos, y se expande en seguida en las misas campales de los ejércitos cristianos y en las solemnes misas de los músicos de genio. Eco sutil o ramificación sonora de esa colosal sinfonía multiseccular, era aquella música de la noche, que buscó y oyó mil veces María Eugenia, impregnándose de religiosidad y enardeciéndose de sufrimiento, por que a veces no la oía bien, abrumada por el ardiente rumor de sus abismos. Este amor así, hacia la noche, es otra confirmación del alma antigua, caldea o mejor, hebrea, de María Eugenia.

Dime, al fin, que rompiste las cadenas de fuego

Este verso último cierra el soneto, con una necesaria y justísima aspiración:

Es necesario creer que ella dejó de sufrir. Jamás creía, mientras estuvo entre los vivos, que las *cadenas de fuego*, pudieran caer destrozadas. Por eso, para su mal psíquico no hubo tratamiento posible. Tanto la hicieron sufrir en este tránsito, los tormentos de su psique enferma, que cuéntase que una vez llega ella hasta Dios, para pedirle, en una oración: *que no le diera vida después de la muerte.*

Que no le diera vida, querría decir la pobre, como la vida que llevó. Los dolores del espíritu, las hiperestesias, que le hicieron percibir hasta en los sonidos un matiz de sufrimiento, como en casi todos los insomnes; las dudas, se condensaron en cadenas de fuego que la obligaron a rogar en ese tono que, en su intensidad, la nivela con algunas terribles expresiones de los más grandes místicos.

Encierra mayor turbación de sufrimiento ese ruego de María Eugenia, que la queja, entre inefable y terrible, de aquel comendador Joan de Escrivá, famosa en España, desde que se oyera, por primera vez, allá por el siglo xv:

Ven, muerte, tan escondida,  
que no te sienta conmigo,  
porque el gozo de contigo,  
no me torne a dar la vida.

Tenemos la imperativa necesidad de creer, pues, que las cadenas de fuego se han roto. Cuando se piensa en lo que sufrió la morena arcilla de aquella mujer, sólo puede desearse que hoy nos confiese, ella, que tanto dudaba — con una suprema afirmación — que ya, desde hace seis años, es libre y feliz. Y que vive, a pesar de su famoso ruego; que vive en los círculos de la música y de la luz de Dios, ya que nosotros, aquí, entre los entes fugaces, sabemos sin duda alguna, que, en la admiración de todos los creyentes de la belleza, su figura jamás se extinguirá.

Emilio Oribe

### Aspectos de la Revolución boliviana de 1930

## Proyecto de la Ley Capital que será presentado a la consideración de la próxima Asamblea Legislativa que la Excelentísima Junta de Gobierno ha anunciado convocar.

Artículo primero.—La República instituye la Ley Capital como fundamento de toda democracia.

Artículo segundo.—La Ley Capital consiste en el derecho individual que asiste a todo ciudadano de tiranicidio y punición sobre el tirano y sus cómplices.

Artículo tercero.—No hay derecho de tiranicidio cuando la Ley Capital no ha sido previamente declarada en vigencia. Sin esta declaración todo acto violento es crimen común y justificable.

Artículo cuarto.—Tienen derecho de declarar vigente la Ley Capital el Jefe o Jefes reconocidos de la oposición que en caso de tiranía son los verdaderos Jefes de la Nación.

Artículo quinto.—La fórmula en su caso será: «en nombre de la nación tiranizada, declaro (o declaramos) vigente la Ley Capital».

Artículo sexto.—La vigencia de la Ley Capital significa declarar la beligerancia civil de la nación. Desde ese instante, toda resistencia pasiva o armada contra la autoridad ilegítima es justificada.

Artículo séptimo.—Como en la República griega de Atenas, la recompensa para el héroe libertador será la estatua en vida en el seno mismo del parlamento nacional.

La Paz, etc.

Las siguientes reflexiones numeradas pueden tenerse como considerandos de la nueva ley:

1.º En todo país civilizado el parricidio y la traición a la patria se castigan por el código con la pena capital. En América, la tiranía que identifica y aúna ambos crímenes y es más funesta nefasta que los dos, se ejercita y practica en plena impunidad, y aun se premia con el pacífico goce de las riquezas robadas a la nación como en el caso de Porfirio Díaz y Cipriano Castro.

2.º La democracia no es el gobierno del pueblo por el pueblo, como erróneamente se dice, pues ello significa una tautología y una contradicción absurdas. La democracia significa el predominio regulador del pueblo sobre todo gobierno; y tal predominio será siempre mentido si una institución científica y jurídica no pone en manos del pueblo un instrumento de verdadera regulación política. Ya se sabe como los tiranos y las facciones pueden anular todos los procedimientos que la ley ha imaginado hasta ahora y que ha-

**Es su autor el ciudadano Franz Tamayo, que tiene la intención de solicitar el mandato popular para el objeto**

=Envío del autor=

cen posible ese dominio regulador tales como el sufragio popular, los juicios de responsabilidad, etc. El fraude y la fuerza han burlado siempre el derecho original y democrático del pueblo. Etimológicamente, democracia significa en griego pueblo (*demos*) y dominar, ser fuerte (*kratein*), lo cual es muy distinto de gobernar o hacer función gubernativa. Los pueblos no pueden gobernar; pero sí pueden contralorear a sus gobiernos, deben hacerlo. En nuestra América y después

### A cien años de Sucre

=Envío del autor=

El 4 de junio de 1830, en la montaña de Berruecos, en la tierra volcánica de Pasto (Colombia) un tiro de mampuesto segaba la vida joven de treinta y cinco años y el destino continental que en ese momento difícil de América, albergaba en el diáfano corazón del Mariscal Antonio José de Sucre. No hay en la historia de nuestros países figura moral más límpida que la de este hombre justiciero en quien el genio de la estrategia y de la política no se expresó como en Bolívar en tormento vital, sino se equilibró en pura forma y serenidad antiguas. Sucre es forma mientras Bolívar es expresión. En uno predomina el Pathos, la Pasión, mientras en el otro gobierna Logos, la Razón. En el comienzo de la temprana carrera de Sucre que se abre en Cumaná (Venezuela) junto a un paisaje marino y madura para la gloria definitiva en Pichincha (Ecuador) y Ayacucho (Perú) junto a los Andes altos de seis mil metros, Bolívar no podía llamar a Sucre sino «Antoñito Sucre» porque el Libertador se acordaba de aquella familia cumanesa de que Sucre procedía: los Sucre de ojos azules que en la Colonia y primeros días de la Independencia venezolana dieron sacerdotes, latinistas y matemáticos. El mismo Sucre antes de empezar su peripecia, estudió arduas Matemáticas. Sobrevivía en su familia algo del buen racionalismo del siglo XVIII, trasladado en los veleros de los guizpuzcoanos al litoral de Venezuela. Humboldt en su viaje a Costa Firme conoció a estos Sucre de Cumaná. Pero a medida que Antoñito crece en glorias y riesgos, cierra el ciclo heroico de la Independencia americana en Ayacucho y crea con Bolívar la República de Bolivia, el Libertador debe subir la calidad patronímica con que lo designa. Antoñito es Antonio, Antonio José, el General Sucre, el Gran Mariscal de Ayacucho. Después de esta gran batalla, el Libertador acude a los libros de Historia Antigua o a las fábulas heroicas para encontrar nombre digno de su Lugarteniente. Compara su juventud y valor con el de los héroes griegos. Piensa en el Homero que ha de escribir el precoz y extraordinario destino de ese héroe de treinta años. Admira sobre todo la virtud de Sucre cuyos únicos ocios después del triunfo, son los libros de Matemáticas y de Política y aquellas hermosas cartas que escribía a la Marquesa de Solanda. La modestia y pureza de este hombre mozo contrasta con la codicia con que otros generales descubren y se juegan a los dados, los tesoros del Perú. Una serena razón como la de los griegos parece gobernar todos los pasos de Sucre; es entre todos los militares el hombre de consejo, el único que comprende y puede proyectar cada día en más vastos espacios, los planes inagotables de Bolívar. América no vió más perfecto consorcio de la pasión y de la razón, de la expresión y la forma. Después, cuando Bolívar ya vencido de tanto luchar en aquel tremendo año de 1830, año de su propia muerte, de la sepa-

(Pasa a la página 77)

un siglo de dolorosas experiencias, la más eficaz manera de hacerlo fué enseñada por Harmodio el griego.

3.º Las grandes democracias de Europa, Francia e Inglaterra no han encontrado mejor cimiento para sus edificios democráticos que dos cabezas de reyes que significaban la autocracia y la tiranía secular. Desde el Estuardo y el Borbón jurídica y judicialmente decapitados, se puede decir que hay democracia en Inglaterra y Francia, mal grado los momentáneos eclipses de la misma.

4.º Cuando la democracia está amenazada de destrucción por las muchedumbres, la ciencia del derecho ha puesto un instrumento en manos de los gobiernos para salvarla, —son los estados de sitio que significan una apelación a la fuerza pura. Pero cuando la democracia está amenazada o destruída por los gobiernos mismos ¿qué instrumento han puesto la ciencia y la ley en manos de los pueblos para defender o restablecer la democracia destruída?—Hasta hoy ninguno. Ese siniestro vacío de la ciencia y de la ley debe colmarse con la Ley Capital.

5.º Las revoluciones libertarias como la boliviana de 1930 sólo son posibles en pueblos de almas sublimes como el boliviano, y aun así mismo no siempre triunfan. Es así como se ve nobles pueblos de América gimiendo durante decenios bajo el mismo tirano o bajo la misma tiranía, sin poder sacudirla nunca, porque cada tentativa es siempre ahogada en sangre por la monstruosa potencia técnica de los armamentos. La Ley Capital es la búsqueda de un recurso y de una fuerza que superen prácticamente esa enorme prepotencia material de los armamentos. Ese recurso es la acción individual y genial del ciudadano, y esa fuerza es la oceánica voluntad colectiva de los pueblos.

6.º La Ley Capital persigue la abolición de todas las revoluciones colectivas y populares y entrega la liberación de los pueblos al cálculo y a la audacia de uno solo o de pocos, como entre los héroes de Tucídides. No más necesidad de sacrificios colectivos en que caen millares de ciudadanos, ancianos, mujeres y niños, todos inocentes. No más revoluciones que forzosamente arrastran la bancarrota de la economía pública y privada. No más incertidumbre de los resultados siempre azarosos en medio de

nuestras subversiones de las que casi siempre salta un nuevo tirano. No más entregar el destino de los pueblos al golpe aleatorio de los hechos imprevisibles y violentos. No más anarquía popular, no más tiranía gubernativa.

7.º La Ley Capital es la primera tentativa del nuevo Derecho público americano. No más plagio del europeo ni del yanqui. Democracia nuestra para nosotros.

8.º En el caso jurídico concreto, la verdad absoluta es ésta: el pueblo es lo más, el gobierno es lo menos. Miente contra la democracia quien digo lo contrario.

9.º La Ley Capital hará ya posible la cooperación y el equilibrio cogobernativo de las oposiciones con el gobierno. No más el espectáculo infame e infamante que hemos siempre visto de presidentes de la República que tratan a los Jefes de la oposición como a reos desafortunados sin ley ni rey y los cubren de ultrajes, de palabra y obra. De tal día en adelante, si los gobiernos decretan los sitios injustificados (atentado universal en Bolivia), las oposiciones podrán decretar instantáneamente la Ley Capital. Y aquí apunta la aurora de la nueva democracia americana.

10.º La Ley Capital no es una ley constitucional sino una ley ultraconstitucional, esto es, una ley, una institución jurídica imaginada por la ciencia política para restaurar o reponer la Constitución democrática cuando ésta ha dejado de ser por el crimen de la tiranía. La Ley Capital es una ley preconstitucional y ultraconstitucional.

11.º Una de las fallas de la ciencia del derecho toca a la previsión, la reglamentación, la humanización de la guerra civil. Como está tratada y ordenada la guerra internacional por el Derecho de Gentes, la ciencia debe tratar de la guerra civil, que al decir de un gran publicista francés, es la única guerra lícita y legítima. En verdad, hoy el derecho de guerra civil está como negado por la ciencia, tal es su silencio; y

justamente se trata del derecho de que más se ha usado y abusado por los hombres, desde que hay sociedades políticas. Esta contradicción de la ciencia debe dejar de ser. La Ley Capital es el primer paso hacia este gran progreso jurídico.

12.º La Ley Capital es la sola esperanza para alcanzar pronto el verdadero sufragio plebiscitario. Cuando los gobiernos que son los únicos destructores de la democracia en América, obtengan por fraude y mantengan por fuerza el voto popular, la Ley Capital estará para rec-

tificarlos instantáneamente. No más espectáculo de un presidente que a palos y fraudes regale la República a un cómplice, a un *presidente suplente*, que le guarde el poder para la hora de las reelecciones.

13.º Bajo el régimen de la Ley Capital, no más censura y mordaza de prensa, que es el signo más típico y propio de toda tiranía.

14.º Bajo el régimen de la Ley Capital, no más entrega de las soberanías americanas en cambio de un puñado de oro extranjero e inverecundo.

(f.) Franz Tamayo

La Paz, 30 de junio de 1930.

*Nota del autor.*— Las anteriores reflexiones son el extracto de un libro sobre el mismo tema, hace tiempo escrito y destinado a contribuir a la redención del más noble y del más triste de los Continentes.

### A cien años de Sucre

(Viene de la página 76)

ración y la discordia, recibe la noticia del asesinato, dice la hermosa frase: «Este era el Abel de Colombia». Y como en el Génesis después de la muerte de Abel, tiene la seguridad de que prevalecerán la desunión y la anarquía. «Hemos arado en el mar», dice Bolívar. La muerte de Sucre precede a la suya en seis meses. Con estos dos hombres se agota la única posibilidad unificadora que tenía América y las naciones de la gran Colombia. Contra la anfictionía continental en que ambos soñaron, empezaban a alzarse los caudillos de las «patriecitas» como los llamaba Bolívar: Páez en Venezuela, Flores en el Ecuador, Santander en Colombia. «Unión, unión o la anarquía os devorará», es la frase final del testamento de Bolívar.

Sucre como tantos grandes americanos es el hombre del litoral abierto, que se dirige del mar civilizador hacia la hosca montaña mestiza. Lleva a la tierra frígida del Alto Perú, saqueada tres siglos por los corregidores y los curas (como la describieron Ulloa y Juan) un

soplo de civilización europea que temple y anime la desolada tristeza de la Puna. Quiere redimir al indio. De la casa cural con las indias a la puerta, espulgando sus hemípteros, se pasa en la Bolivia de Sucre a la escuela lancasteriana. No fué comprendido. Y ese estúpido producto criollo que es el hombre de manta y de cuchillo, cejas espesas y bigotes lacios, el hombre áspero como la tierra no redimida, ya sale a asesinarlo una noche en 1828 en el Palacio de los Presidentes de Bolivia. Sucre le perdona. «Ya se educarán con el método de Lancaster», panacea pedagógica de aquel tiempo. Pero el estado social que ese hombre representaba: la ignorancia y la violencia primaria, la incapacidad para la vida civil, vuelven a apóstarse poco tiempo después en la montaña colombiana de Berruecos. Montaña no purificada jamás por los vientos oceánicos que traían la civilización.

Muertos los dos héroes y entregadas a su propia voluntad bárbara, las repúblicas bolivarianas, viven largas horas de melodrama sangriento. Prevalece el caudillismo local y aislador. Aun no se redimen de él. Ahora mismo, en el momento en que Bolivia debía celebrar la conmemoración del fundador de su nacionalidad, la fiestas junias se interrumpen porque don Hernán Siles ha dispuesto un número de gran espectáculo: Una reforma de la Constitución que le prorrogue el poder otros seis años. Congreso y ministros mueven la batería teatral y representan esa especie de drama *Ollantay* de nuestra democracia irremediable. Bajo los arcos de la plaza colonial de Potosí—como en el tiempo de Sucre—los indios que no tienen otro tesoro que el cielo; las divinidades de la montaña, una manta y una hoja de coca, esperan aún asimilación democrática. En cuanto a la gran tragedia de Venezuela que no ha vivido un solo minuto de decoro civil en lo que va del siglo, es demasiado conocida.

La recordación de estos hombres superiores pudiera infundir una tónica vital en el ritmo exangüe y el embotamiento de tantos pueblos americanos.

Mariano Picón - Salas

Santiago de Chile, Junio de 1930.

## JOHN M. KEITH & Co., Inc.

SAN JOSÉ, COSTA RICA

AGENTES Y REPRESENTANTES DE CASAS EXTRANJERAS

### Cajas Registradoras "National"

The National Cash Register Co.

### Máquinas de Contabilidad "Burroughs"

Burroughs Adding Machine Co.

### Máquinas de Escribir "Royal"

Royal Typewriter Co., Inc.

### Muebles de Acero y Equipo para Oficinas

Globe Wernicke Co.

### Implementos de Goma

United States Rubber Co.

### Maquinaria en General

James M. Montley, New York

JOHN M. KEITH  
Socio Gerente

RAMÓN RAMÍREZ A.  
Socio Gerente

En un admirable estudio de Carl G. Jung referente a la influencia del negro y del indio en la conducta del norteamericano, hay esta afirmación muy expresiva: «Existe, sin duda, una hipótesis mucho mejor para explicar el temperamento norteamericano, y reside en el hecho de que los Estados Unidos están penetrados por esa figura, la más sorprendente y sugestiva: el negro.» Las conclusiones de este psicólogo no llevan el cauce de la ofensa. Su estudio lo publica una importante revista del pueblo cuyo temperamento analiza sirviéndose de su reconocida experiencia científica.

El negro desarraigado del Africa está moldeando la conducta del ciudadano que se ostenta al mundo más consciente de su grandeza innata. Del ciudadano pugilista, del ciudadano aviador, del ciudadano experto financiero, del ciudadano militar, del ciudadano banquero, y también del ciudadano profesor. De la penetración africana no están exentos ni los pontífices de las universidades. Por igual se distribuye entre las vidas mínimas y las de jerarquía elevada lo que Jung reconoce ser en el negro «poder de movimiento primitivo», «pueril independencia», «sentido de la música y del ritmo», «lenguaje bufón y pintoresco».

En cada una de esas vidas tiene su manifestación el negro. En la del profesor estilo James Bergson, por ejemplo, está muy claro el tinte africano que según el psicólogo es rudeza, brutalidad, primitividad. Leyendo el análisis apologético del Imperialismo Económico (1) que ese profesor hizo para que resonara en las aulas de Yale, se siente la sabiduría del gran Jung que analiza la conducta de unos hombres poseídos de un inconmensurable designio de grandeza. El profesor contempla nuestra América y en ella no ve otra cosa que un vasto y propicio territorio para la expansión incontenible del dominio norteamericano. Las vidas que lo pueblan y aspiran a convertirlo en patrias decorosas, no tienen otra misión que la de tirar sumisas del carro del Imperialismo Económico. Por acá no hay sino gente menguada que sabe cultivar bananos y café y entregar toda suerte de materias primas que la industria de los modernosc apitanes yan-

## Estampas

### Qué dice von Bergson?

(Envío del autor)

quis levanta para ejemplo y temor del mundo. Que estos parias de la América nuestra reciban la civilización del cine parlante, del Fotingo y del correo aéreo, así como deben beneficiarse de esas modernas instituciones que como «agencias de bien» levanta la soldadesca de los cuarteles y la de los expertos financieros.

El Imperialismo Económico colma de bienes a todo este territorio convertido en latifundio de los norteamericanos. Fulgurando entre todos ellos está la constelación del inodoro, descubierta en el firma-

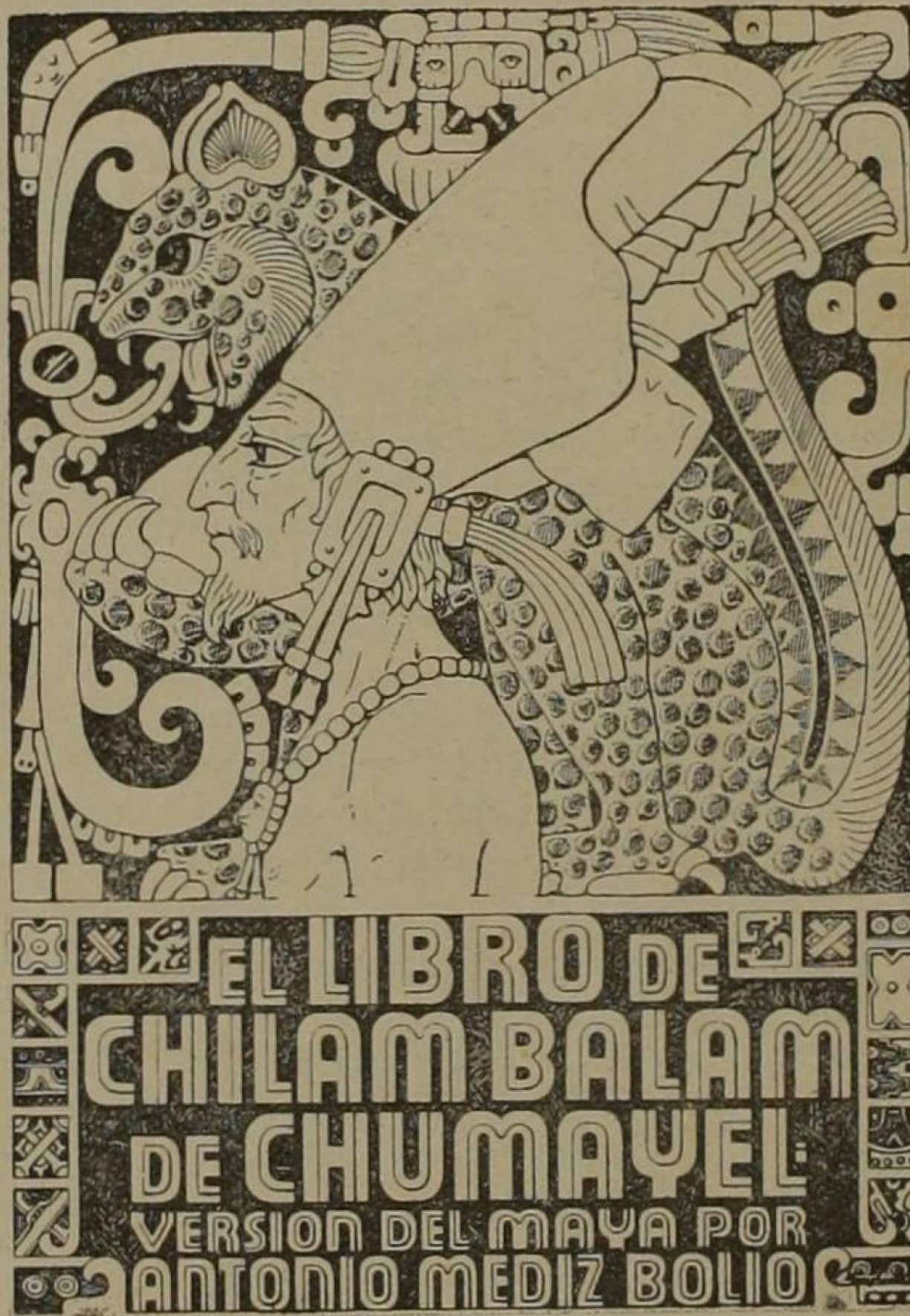
mento de ese Imperialismo por el profesor de la Universidad de Yale, James Bergson.

Lo africano se señorea en el espíritu de los exploradores del Imperialismo. Jung lo dice: «Desde que el negro vive en vuestras ciudades y aun en vuestras casas, vive también dentro de vuestra piel, subconscientemente.» El profesor de Yale cuya mirada sobre estos pueblos ha apagado toda llama de libertad para dar sitio al yermo de la colonia, asume la actitud ferroz y pueril del negro. Nin-

guna nación del mundo puede levantar la arrogancia que el profesor pretende inspirar a la suya contra los destinos superiores de nuestra América. La voz y el ejemplo de nuestros mayores, entre los cuales resplandecen Martí y Sarmiento y Bolívar, está diciendo que la lucha que se libró contra otros vasallajes de igual ferocidad, debe ser la que inspire de nuevo a América, si los Estados Unidos, como lo pide el africanismo, llegan a desbordarse sobre ella.

Para todos los que vigilan en cada una de nuestras patrias, la apología del Imperialismo Económico hecha por el profesor de Yale es la justificación más hermosa y oportuna de la actitud vigilante asumida por ellos. Ese Imperialismo descarado se ha proclamado a sí mismo el único poder con derecho a poseer los recursos económicos de nuestra América. Para él la rapacidad de la Electric Bond and Share acaparando la electricidad, o la Standard Oil Co., los aceites, o la United Fruit Co., las tierras y los cultivos, o la Pan American Air Ways Co., las rutas aéreas, realizan la civilización que un destino superior y grandioso puso en los designios de los Estados Unidos. Por eso los que combaten las concesiones a que son tan inclinados los gobiernos sin visión y sin responsabilidad, están defendiendo su nación del anacionalismo pregonado por el africanismo del Norte. Están contradiciendo el plan de creación de un Imperialismo que ahora disfrazan simplemente de Económico, pero que ya se perfila inspirado de una universalidad que proclama el inodoro como superior a todos los sistemas políticos por que la América se rige. La universalidad de ese imperialismo arrollará con impiedad africana cuanto encuentre de superior en nuestros pueblos, porque su política llevará como piedra de toque el inodoro. El inodoro para medir nuestras capacidades, para juzgar cual es la calidad de hombre que podemos dar al Imperialismo para que lo azote y lo unza al carro estrepitoso que afianza el vasallaje.

Por eso hay que crear en nuestra alma toda la fortaleza que los grandes acontecimientos de prueba exigen al hombre. La penetración con que el negro domina las vidas del Imperialismo del Nor-



Disponemos de 50 ejemplares de esta notable obra. 25 en edición económica para Costa Rica, a **₡ 5.00** el ejpr. Y 25 en edición lujosa para el exterior, a **\$ 2.50** oro am., que pueden remitirse en forma de giro bancario o postal. Libre de porte, se remitirá la obra a quien la solicite.

Lo que se recoja por medio del *Rep. Am.* lo ha destinado el generoso Sr. Médiz Bolio como contribución suya para la compra de la casa a la viuda e hijos de Omar Dengo.

#### Sumario de la obra:

Libro de los Linajes. *Kah-lay* de la Conquista. Katún. Libro de las Pruebas. Libro de los antiguos dioses. Libro de los Espíritus El trece Ahau Katún. Libro del principio de los Itzáes. Libro del Mes. El Katún de la Flor. El libro de los Enigmas. La Rueda de los Katunes. Libro de la serie de los Katunes. *Kah-lay* de los Dzules. Libro del Vaticinio de los Trece Katunes. Libro de las Profecías.—Acotaciones finales. Apéndice. Los días del mes Maya. Interpretación de los nombres de los veinte días de la Serie Maya. Vocabulario. Algunas palabras del Texto Maya de especial interpretación. Las *Epocas Mayas* (M. S. de Maní). Notas al texto de Las *Epocas Mayas*. Resumen y comentario de las *Epocas Mayas*. Errata e índices.

(1) Véase el *Rep. Am.* anterior.

te está proyectando sobre nuestra América una sombra fatal. También de Jung tomamos esta advertencia: «Todo lo que se mueve es un riesgo. Así una nación que se forma es naturalmente un gran riesgo, para sí misma y para las demás naciones.» Lo dice siempre relacionado con los Estados Unidos y como es de allá de donde el africanismo de las universidades levanta voces insolentes y satánicas, es hacia allá, hacia donde debe guiarse nuestra condenación. A los apologistas del Imperialismo Económico precisa enfrentarseles por uno de los aspectos más funestos. No precisamente por el del inodoro, que éste aplebeya por igual en determinados momentos, sino por el de la superstición creada en torno al empleo civilizador de los capitales acumulados cruelmente por los modernos capitanes de la industria norteamericana. El profesor Bergson, al enumerar los aspectos positivos del Imperialismo voceado con tanto superlativo por su africanismo, pretende hacernos creer que los grandes capitales se riegan como bendiciones sobre «la masa anónima del mundo.» Pretende también sorprender la credulidad que en nosotros lleva a la supersti-

ción, diciéndonos que ese capitalismo «favorece el progreso de la ciencia aplicada que se traduce en bienestar de la colectividad.» Es decir, cumple fielmente con su credo Imperialista influyendo de designios superiores la fuerza que constituye la orientación del vasallaje. Ni en uno ni en otro caso pueden estos pueblos inclinarse convencidos. El empleo social que se quiere dar a los capitales de los nuevos Cresos es una mentira. Ni en los propios Estados Unidos se cumple la magnanimidad pregonada. El profesor Bergson afirma con sorna: «A cada «esclavo» le es dado estar contento, tener techo y pan, radio, boleto para el cine, escuela para sus hijos, etc.»

Es una jactancia muy africana cuya explicación volvemos a encontrar de nuevo en el admirable estudio de Jung, cuando dice: «Los Estados Unidos son quizá el único país en donde «la grandeza» es irrestricta, porque este concepto ilimitado de la grandeza expresa las esperanzas más fundamentales y las convicciones de la nación.» El profesor de Yale trata de ofre-

cernos un cuadro grandioso del empleo social del capital al cual se rinde culto. Pero no hemos de creer al pregón de birrete. Separémonos de su apología y busquemos, por ejemplo, lo que un espíritu libre como el de Ernst Toller afirma haber visto allí en donde el Imperialismo, para inducir a la conquista a estos pueblos, se erige bienhechor de una humanidad menesterosa.

Ernst Toller vió este cuadro feo: «Cuando un obrero norteamericano enferma o pierde su empleo, no tiene virtualmente protección. Debe gastar sus ahorros y prontamente se encuentra arrojado a la caridad privada. No todos los obreros son como los que me hicieron su huésped. También visité numerosos sitios de alojamiento miserable. Cerca de Pittsburgh vi algunos centenares de miles de trabajadores de la inmensa Bethlehem Steel Corporation viviendo en habitaciones tan sucias y faltas de comodidades como nuestros garitos del distrito del Ruhr. Es significativo que los obreros de las minas de acero cuyo trabajo es el más duro, reciban los salarios más

bajos. Una mujer en Pittsburgh, relacionada con una organización privada de caridad, me llevó a mostrarme varios «casos». Un hombre había trabajado diecisiete años a una compañía haciendo depósitos regulares en el fondo privado de seguros que la compañía mantenía, pero cuando enfermó sólo recibió su beneficio de seguro por un corto tiempo. Uno de los empleados de la fábrica y el médico de la misma anunciaron que su enfermedad no había sido contraída durante sus horas de trabajo y en consecuencia, no se le dió más auxilio. Ese hombre está hoy sentado sin que hacer en su casa, con esposa y seis niños y habría muerto de hambre si no se hubiera convertido en un «caso» para las señoras de la caridad»

Como se ve, hasta esas tragedias no se extienden los beneficios del Imperialismo santificado por el africanismo universitario. Esas tragedias son el refinamiento del Imperialismo. Las ocultan sus apologistas calculadamente, cuando quieren justificar los métodos de rapacidad aplicados a estos pueblos. No sería otra la suerte nuestra si la abyección nos inclinara a someternos a ese Imperialismo.

Juan del Camino

Cartago y julio de 1930.

## El Sr. Guzmán tiene la palabra

Madrid, 30 de Mayo de 1930.

Sr. don Joaquín García Monge.

San José, Costa Rica.

Muy estimado amigo:

Cuando vi en *Cultura* la nota que allí se puso a mi carta sobre el manifiesto de Vasconcelos, supuse que usted, leyendo mis palabras por su cuenta, no tardaría en advertir que yo no había expresado ni clara ni embozadamente el pensamiento que se me atribuía. Mas hoy me entero de que el *Repertorio* prohija un artículo publicado en *La Tribuna*, con ánimo de zaherirme, por donde concluyo que no sólo ha caído usted también en el error, sino que lo comparte al punto de defenderse en su periódico sacando la castaña con la mano del gato.

Los hechos, con todo, permanecen en pie. Yo no he dicho ni insinuado, ni he pretendido decir ni insinuar—entre otras cosas porque no tengo razones ni para sospecharlo siquiera—que el *Repertorio* esté a sueldo del grupo de individuos que hoy hacen en México veces de gobierno. De ser ese mi propósito lo habría traducido en términos que no dejaran lugar a duda, pues ya comprenderán los pacíficos habitantes de la tranquila y admirable Costa Rica que si no me muerdo la lengua para gritar, con todas sus letras, las más crudas verdades a los oligarcas de mi país, menos voy a andar amparándome en eufemismos al tratarse del se-

manario de usted, por muy poderoso que sea.

Lo único que dije, y lo repito, es que me chocaba ver publicado en último lugar el manifiesto de Vasconcelos, y que eso me ponía en temor de que el *Repertorio*, «víctima, como tantos otros periódicos, de la propaganda pagada por Calles y Morgan», se sumase al coro de ruido y silencio del callismo y el ortizrubismo, lo cual, de ser así, resultaría pronto en la pérdida de «la estimación que hoy tenemos por su ilustre periódico todas las gentes decentes».

Ahora bien: decir que un periódico o una persona son víctimas de una propaganda pagada que no se hace en su contra, no es decir que el periódico o la persona reciban la paga. Tal interpretación se cae de puro gratuita y absurda. Es decir tan sólo que la propaganda ha conseguido en ellos su objeto, o, lo que es lo mismo, que los ha engañado. Mi frase, pues, tenía idéntico valor y significado que si la hubiese yo escrito así: «si el *Repertorio Americano*, engañado como tantos otros pe-

riódicos por la propaganda, etc.» Pero a lo que parece ya no hablamos español, ni el español se deriva ya del latín. ¿De cuándo acá puede llamarse víctimas a los periódicos y escritores que se lucran defendiendo causas ajenas a cambio de dinero? Y más aún: ¿qué sentido tendría que en la misma carta donde califico de ilustre al *Repertorio*, y donde menciono la mucha estimación que nos merece, le lanzara, más o menos oculto, el cargo de que se vende?

Tan forzado encuentro el equívoco, que no me resuelvo, pese a mi espíritu conciliador cuando se trata de personas estimables, a invitarlo a usted a que vea en los párrafos anteriores una explicación personal. Nada tengo que explicar en este caso. Me limito a rechazar como mía una afirmación que evidentemente no he hecho.

Si sus sentimientos de justicia lo impulsan a insertar en el *Repertorio* estas líneas, yo le agradeceré que lo haga.

De cualquier manera, le deseo todo bien.

M. L. Guzmán

Le diré al Sr. Guzmán que no conozco su carta sobre el manifiesto de Vasconcelos. Aquí estuvo nuestro amigo Vasconcelos unos días, y no me habló de este asunto. Vasconcelos sabe que el *Rep.* ha sido vasconcelista sincero y tenaz. También le diré que para mí, todas las columnas del *Repertorio* son lo mismo, en la propaganda sencilla y leal de las ideas y los ideales. El arreglo de los grabados, a veces obliga (tipográficamente) a posponer, o cortar, este u otro artículo, sin que ello implique menosprecio. Lo interesante es que los lean, en la primera o en la última página. *Tablero* casi siempre va al final del cuaderno y es una sección que tiene muchos lectores, y por eso su eficacia es mayor. Cuando yo escribo algo, lo pongo en *Tablero*.—g.m.

## Bibliografía titular

(Registro, extractos y referencias de los libros y folletos que se reciben de los autores y de las casas editoras)

Seguimos leyendo el precioso libro *Costa Rica en el Siglo XIX*. Traducción, datos biográficos y notas por Ricardo Fernández Guardia.

En la página 93:

Todos los hispanoamericanos son aficionados a los títulos altisonantes y como éstos no cuestan nada, los aplican con gran liberalidad.

**Roberto Glasgow Dunlop**

En la página 153:

En Costa Rica (1852) el cáncer social consiste en la mezquina codicia y en la falta de un alto espíritu de especulación.

**Wilhelm Marr**

Lo obsequia: Abel-Nicolás Léger.

El libro: *Histoire Diplomatique d'Haïti*.

Tome I. (1804-1859.) Port-Au-Prince. 1930.

En esta obra interesante, el epígrafe sugestivo que traducimos:

*Un pueblo es verdaderamente digno de figurar en el rango de las nacionalidades si toma parte en la existencia general del mundo y en la comunidad de los Estados, no sólo por su unidad etnográfica y su representación exterior, sino también y sobre todo, por su acción diplomática, el mantenimiento de sus derechos internacionales y la defensa de sus propios intereses.*

A DE POUVOURVILLE: *Des bases de la politique Exterieur.*

Otras obras del mismo autor:

*La Doctrine Drago et la deuxième Conférence de la Paix (1915), Le Droit International Privé en Amérique (1929), Le Codification du Droit des Gens et les Conférences des Juristes Américaines (1929)*. En prensa: *Le Code Civil d'Haïti* anoté.

Otra obra de H. D. Barbagelata:

*Sobre la época de Artigas* (Documentos conservados en el Ministerio de Negocios Extranjeros de Francia). París, 1930.

El autor ofrece este libro a su patria, el Uruguay, en el primer Centenario de su Independencia.

*La Cruz del Sur*, Revista de Arte y Letras de Montevideo, dedica el N.º 28 (Marzo-Abril de 1930) a honrar la memoria de Julio Herrera y Reissig. Colaboraciones de Alberto Lasplacas, Emilio Oribe, Mas y Pí, Guillermo de Torre, Jorge Luis Borges, V. García Calderón, Franz Tamayo, etc. Dibujos, madera, fotografía. Muy interesante!

Hay en la República Dominicana la *Estación Agronómica de Moca*, y un Colegio de Agricultura de Moca. Director de ambos: R. Ciferri. Publicaciones saca la ESTACIÓN. Nos llega una, diciembre, 1929. Serie B. Botánica. N.º 16:

*Informe general sobre la industria cacaotera de Santo Domingo*, por R. Ciferri. Mucho hay que aprender en este Informe interesante, completo, acerca del cacao, su industria y sus enfermedades: con ilustraciones oportunas.

Del Information Service, de la FOREIGN PO-

LICY ASSOCIATION, New York, N. Y., los siguientes cuadernos:

*The London Naval Conference.*

*The Reconstruction of Poland.*

*The United States and the League of Nations.*

Digamos en elogio de *Luciérnaga*, que ya va por el año II, N.º 1, como órgano de las Escuelas del Circuito II, Inspección I, Guanacaste. En Filadelfia se publica. Algún grabado (paisaje), crónica escolar, selecciones literarias, intereses locales, de todo esto se habla en *Luciérnaga*. Es un caso ejemplar que señalamos a los maestros de otros circuitos que están en condiciones de hacer más por su cultura que los del Circuito II, Inspección I, Guanacaste.

Con un libro: *Lendas & Contos*, llega a nosotros Juanita B. Machado, de Belem, Pará, Brasil, Rua 13 de Maio, 66. Le damos la mano a esta escritora generosa que en el Norte del Brasil trabaja por la vinculación de los intereses espirituales sudamericanos.

Dice la autora:

Este meu livro, que nada tem de novo, que nao tem outro valor que o trabalho intelectual que expendi, encerrá alguns aspectos do norte, da Amazonia principalmente, lendas velhas, contos sem importancia que escrevi para alguns amigos do sul da nossa America, aos quaes interessavan essas cousas do norte brasileiro.

De la EDITORIAL CENIT, S. A., Madrid, nos llegan estas dos interesantes obras:

### DR. HERDOCIA

Enfermedades de los ojos,  
oídos, nariz y garganta

Horas de oficina:

**10 a 12 de la mañana  
y de 2 a 5 de la tarde**

Contiguo al Teatro Variedades

QUIEN HABLA DE LA

## Cervecería TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga experiencia la coloca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO  
Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES

**CERVEZAS**  
ESTRELLA, LAGER, SELECTA,  
DOBLE,  
PILSENER Y SENCILLA.

**FABRICA:**  
REFRESCOS  
KOLA, ZARZA, LIMONADA, NA-  
RANJADA, GINGER-ALE, CREMA,  
GRANADINA, KOLA, CHAN,  
FRESA, DURAZNO Y PÉRA.

**SIROPES**  
GOMA, LIMÓN, NARANJA,  
DURAZNO, MENTA,  
FRAMBUESA, ETC.

Prepara también agua gaseosa de superiores condiciones digestivas  
Tiene como especialidad para fiestas sociales la KOLA DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA  
**SAN JOSÉ — COSTA RICA**

Imp. Alsina (Sauter, Arias & C<sup>o</sup>) San José, Costa Rica

Alejandro Serafimovitch: *El torrente de hierro*. Novela. Trad. de Manuel Pumareja. Madrid. 1930.

Klabund: *Los Borgia*. Novela de una familia. Trad. del alemán por Fermín Soto. Madrid. 1930.

## Tablero =1930=

### La política acertada: un experto financiero francés para Bolivia

Nous avons demandé à M. Gaston Jéze, professeur à l'Université de Paris, s'il pensait se rendre prochainement en Amérique latine, ayant appris l'accord intervenu avec le Gouvernement bolivien. Il a bien voulu nous donner les indications suivantes:

«Il est tout à la fait exact que le gouvernement bolivien, d'accord avec le gouvernement français, m'a demandé de me rendre à La Paz, pour examiner sur place les réformes financières à introduire en Bolivie afin d'améliorer la situation financière et économique du pays, et aussi de réorganiser l'université en vue du développement des études financières et économiques.

«Je quitte la France à destination de la Bolivie et ne rentrerai à Paris qu'à fin octobre, J'emmène avec moi M. Labrouquere, assistant à la Faculté de droit, qui part en Bolivie pour être professeur de Sciences financières à La Paz. En quittant la Bolivie, je m'arrêterai quelques jours au Chili, en Argentine, en Uruguay, où le gouvernement m'a invité à donner quelques conférences à Montevideo, et au Brésil.»

M. Gaston Jéze, qui a été conseiller financier de plusieurs gouvernements en Amérique latine, devient ainsi conseiller financier du gouvernement bolivien.

(L'Amérique Latine. Paris)

### Nosotros

#### Semanario de las Izquierdas. Madrid

En el 5.º número de *Nosotros* se publica una entrevista de interés excepcional con Ramón Pérez de Ayala; un sensacional artículo de Alejandro Lerroux; *La lucha contra el analfabetismo*, por Rubén Orcillo; *Profesores y Profesores*, por José L. Benito; *Ante una hora trascendental*, por Maximiano G. Venero; *Declaraciones de Villanueva*; *Una charla edificante*, por Cisco; *El republicanismo en Asturias*, por Leopoldo Alas Argüellés; *Ya empezamos*, por Roberto Blanco Torres; *Las finanzas fascistas*, por Francisco Nitti; *Películas*, por C. M. Arcanada; *Teatro*, por Dondorindo; *Libros*; *El disloque*; Caricaturas y Dibujos y numerosos artículos de redacción completan este interesantísimo número.